

GENIIT

sociología
ciencia - literatura

PAISAJE ANDORRANO ★

4
Sumario

Plácido Bravo: De los hechos a las ideas o de las ideas a los hechos.

Floreal Ocaña: Valor de la duda y del ser.

M. Maeterlick: El sacrificio.

Alberto L.: A Antonio Reyes.

Salvatore Ferrareti: León Tolstoi y la no violencia.

Soledad Gustavo: Torrijos.

Suno: Microcultura.

Puyol: El jesuita y Pérez Galdós.

Selección de W. Muñoz: Parábolas de Han Ryner.

Cosmos: Chispas.

Angel Samblancat: Termoneucleación rústica.

Denis: El Concejal.

Abarrategui: La verdad.

Cosme Paules: La calumnia vencida.

J. L. Acquaroni: Walt Whitman.

Victor Garcia: El pensamiento anarquista. (Folleón.)



Andorra, agarrada de una mano a la cresta pirenaica francesa (Port d'en Valira) se descuelga hacia la vertiente ibérica. Arriba picachos pelados, aristas rocosas formando un mar revuelto petrificado. Abajo el confluir de los valles. Estos presentan dos laderas disemejantes, los bañe el sol de plano o estén al paio de sus rayos. En la solana la roca viva, sin apenas vegetación. Los relieves son angulosos y secos. Por doquier aludes de rocas revueltas con cascajo; acantilados a plomo sobre el lecho del río.

Ayuntamiento de Madrid

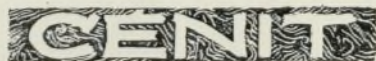
136

ABRIL - 1962

REVISTA MENSUAL

Nuestra portada

Sendas de cabra, corralizas desiertas, cuevas inaccesibles que nos hablan del murciélago, el cuervo y la zorra. Enfrente, el sombrío, la ladera húmeda, poblada de espesos bosques madereros, el suelo esponjoso, color verde botella. Los prados son desgarraduras esmaltadas por el triscar de los rebaños. En fin, el río, que antes fue arroyo, y aun antes lago, que alimentan las nieves del ventisquero. El lago de las cumbres frías es el espejo en que se miran coquetonas las nubes y el águila. Las aguas, bulliciosas y transparentes, se escurren por las laderas a través de complicados surcos. Zapan las bases de las rocas y convierten en puentes las poderosas raíces de los abetos y robles. En el fondo del valle el río avanza sinuoso entre prados verdifloridos, el lecho cubierto de pequeñas rocas esmeriladas que al conjuro espumoso del agua semejan rebaño lanar en movimiento. Aquí la nota lúgubre del chopo, que es el ciprés del clima frío; allá el puente rústico, primitivo, con arco de medio punto, cubierto de plantas trepadoras; acullá la iglesia de puro estilo románico. Lo demás, la población, el conglomerado urbano, no ofrece interés singular. En él la música se ha convertido en ruido, el perfume en hedor acre, los colores vivos y lavados por la lluvia o el rocío, en gris monótono y triste.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Abril 1962

Nº 136

De los hechos a las ideas o de las ideas a los hechos

BAJO este título disertó el profesor. La sala, con muchas sillas, casi desierta de oyentes. Signo de estos tiempos, pues que en los bares contiguos los hombres gritaban su contento entre copa y copa, fórmula paradójica, para acallar su descontento.

Impacientes, en grupo formando corrillo junto a la puerta, prejuzgan más que comentan, el tema de la conferencia, varios asistentes.

—¡Bah!, dice uno, divagaciones de algún filósofo de cámara, bizantinas como todas ellas.

—Hablar por no callar —replica otro coincidiendo—; que si son galgos o podencos...

—En tanto que los conejos ¿dónde están, en la sala o la taberna? —pregunta ironizando un tercero.

Un cuarto terció a guisa de sentencia:

—Algún abogadillo de secano volviendo a las andadas con aquello de si primero la gallina y después el huevo, o viceversa. Habrá disquisiciones a porrillo, con muchos peros y pocas peras...

La campanilla del presidente cortó el diálogo convergente entre estos hombres, algunos materialistas, otros escépticos, pero que todos estaban de vuelta de todo sin jamás haber ido a parte alguna.

El presidente presenta, con títulos y referencias, al conferenciante: luego le cede la palabra para que sea él quien trate de convencernos sobre sus méritos.

«En esta sala sentimos frío; lo lógico, pues, es que busquemos cómo y dónde calentarnos. Entre una sensación y otra deben colocarse las primeras acciones o hechos humanos. Hechos primarios que dictaban los instintos, que propulsaban deseos intuitivos, que emanaban de necesidades simples observadas en cualquier animal. Estos fueron, para mí, los inicios.

Sólo cuando el cerebro o el intelecto interviene, comparando los hechos que al hombre rodean, sólo cuando

empieza a deducir, a comprender, ciertos fenómenos y leyes, sus manos empiezan a ser algo más que los pies delanteros. En esta época deben colocarse los primeros tratados filosóficos, rudimentarios como se sobreentiende, y los primeros conocimientos científicos que a nosotros se nos antojan hoy erróneos o insignificantes, cuando sólo son zagueros. Es entonces cuando el hombre construye sus viviendas, utiliza ciertas cavernas ya semihechas para guarecerse del frío, del agua y de las fieras. Construye sus armas y herramientas, utiliza el calor y el fuego para muchos menesteres y experimentos. El hombre hace algo más de lo que sus instintos le ordenan; el hombre hace lo que su cerebro piensa. Y, ¿quién pudiera negar que en ocasiones el cerebro sueña? He aquí la clave de sus valiosos inventos, y de sus sangrientos dogmas; pues que el cerebro capaz de soñar, capaz de creer también había de ser.

El hombre no se contenta del cerebro como receptáculo de lo que captan sus sentidos, capaz de sintetizarlo y luego traducirlo por signos hablados o escritos; el hombre no sólo deduce de un hecho y otro hecho, no sólo experimenta; el ser humano va más lejos; nacen en él sus complejos, de lo que llamaremos alma, originando sentimientos, pasiones, buenos o malos; que llegarán a subyugar o a desorientar el cerebro. La abnegación y la envidia, el sacrificio y el aprovechamiento, el egoísmo furibundo y el altruismo complaciente tienen orígenes psíquicos, que ordenan al cerebro y que van más allá del practicismo de éstos o del empirismo de aquéllos, el arte emotivo, brotando de los sentimientos, será un hecho.

El ideal compendio de ilusiones y deseos, está ahí. Ahora bien, hay ideales, elucubraciones de místicos, que no entroncan con la realidad de los hechos, ni tienen en cuenta la frágil y voluble naturaleza del hombre. Como también es cierto que la perspectiva no es más que el ángulo

ideológico que escogemos para analizar los hechos, y que según él sea, así se nos figurarán los objetos. Ahora bien, las afecciones, los sentimientos, las predilecciones y las aspiraciones pueden ser humanas aun siendo múltiples y diversas. Una tendencia uniforme es la negación del hombre. De ahí que en el terreno histórico haya tantas teorías divergentes y contradictorias; que la historia misma del hombre no sea más que un desaguisado interpretativo, o un guisado cuyo arte culinario reside en acomodar los pasajes —los hechos— a nuestra propia salsa. Y sin que la ciencia pueda nada o gran cosa. Pero, ¿dónde está la ciencia que se ocupa de las afecciones intelectivas o psíquicas del hombre? ¡En pañales, desgraciadamente!

Y en un hecho hay que ver más que un objeto útil o inútil; analizarlo, valorarlo, es comprenderlo, y no podremos comprenderlo mientras no sepamos cuándo y cómo, y sobre todo por qué y por quién se hizo. De lo que pocos historiadores se ocupan por completo.

Además, si infantil es teorizar sin base, no lo es menos deducir el hecho por el solo hecho, equivalente a aquella fórmula del arte por el arte. Lo que no impide que más perniciosa sea aún la actual: el arte por el dinero, equivalente al hecho según nuestro interés sordido.

Concluyendo, toda idea es un hecho en potencia, y puede que, a la vez, toda idea no sea otra cosa que la esencia de un hecho. Engendrando y completándose sucesivamente.

Que lo que menos importa es aquello de que si era yelmo o bacía.»

Así finalizó el conferenciante, sin que fuera objeto, por parte del auditorio, de objeción alguna.

Tan atentos estábamos que no atinábamos a salir por la puerta. Y una vez ya fuera, sin murmuraciones intempestivas ni desplazados comentarios, el cerebro seguía indagando y sugiriendo.

Plácido BRAVO

Decíamos ayer

Valor de la duda y del ser

Lo psicológico es lo superior

VI

CONSIDERAMOS que lo psicológico es lo superior, lo más valioso de la existencia: más, inclusive, que lo fisiológico y lo biológico. En este trabajo trataremos de aclarar y probar esta afirmación antes que algunos partidarios de la rigidez determinista nos repliquen escandalizados diciendo que nada está por encima de los dos últimos valores vitales que citamos. No negamos que existan sobradas y muy buenas razones para que lo digan. ¿Qué hay fuera de la materia y sus funciones? Vean nuestros detractores cómo, en su nombre, hacemos la pregunta más fundamental que puedan hacernos, porque nos merece respeto su pensamiento y no queremos eludirlo ni falsearlo.

Es deseable la buena fe y la lealtad al interpretar ideas ajenas. Bien venidos los contradictores, pero penoso es que existan todavía detractores que se llamen «amigos». Tergiversen éstos, si tal es su gusto y su voluntad, nuestros conceptos eligiendo, por ejemplo — acción voluntaria —, siete líneas de entre las doscientas sesenta de un artículo, silenciando — ¿no es también un acto voluntario? — el sentido general del mismo y el porqué de su tono emocional, cuanto justifica, en fin, sobradamente, lo que expresan las pocas palabras que el doctor-escriptor transcribe y comenta a petición — como él mismo dice — de otro hábil escritor que es el que comentamos hace casi un lustro. Pero hoy no es ayer. El tiempo no pasa en balde. Al menos para nosotros. ¿Es que nada nos han enseñado los últimos largos años de luchas por la libertad, las experiencias vividas, los errores y los dolores, y el progreso general? He aquí por qué vamos a dar a lo psicológico toda la importancia que tiene como factor determinante en la formación del auténtico valor humano del sujeto.

Durante décadas hemos sido aludidos mil veces, bastante crudamente, y por no herir susceptibilidades permanecemos en silencio. Por nuestra parte, ésta será la tercera y última vez que aludiremos, conscientemente, que es decir voluntariamente, a los que en vez de esforzarse por exponer nuevas ideas o las mismas que tienen más de acuerdo con la época que viven, se dedican a detraer y a retrotraer cuanto, por haber sido superado, no merece se le dedique espacio alguno. Dado nuestro estado de ánimo actual, por lo vivido y sufrido en los últimos tiempos, seguiremos escribiendo, unos años, sobre experiencias psicológicas, fisiológicas y biológicas propias y ajenas. Necesitamos hacerlo en bien de nuestra propia higiene psíquica y mental. Es tarea que todos los hombres debieran ha-

cer, de tiempo en tiempo, en busca de un mejor equilibrio de sus vidas.

Tenemos gran interés de superarnos y que se supere moralmente, en particular, cuanto amamos y todos, absolutamente todos, los semejantes que nos rodean. Y la estimación a la revista que nos comenta, muy bien presentada, nos hace decir que debe cuidar algo más el fondo o su contenido que las galas. En su número de octubre de 1961 dice que usamos la palabra «animismo», que ni la hemos escrito al hablar de los procesos psicológicos en el individuo humano. Esto tiene poca importancia, lo peor es que el doctor-contradictor mal emplea dos páginas de la revista citada para repetir cosas viejas, sin ton ni son, y llamarnos, simplemente, «marxistas, sectarios, metafísicos, religiosos, etc.». Los lectores de CENIT y los de la revista que nos comenta podrán comprobar que sólo usamos las dos últimas palabras para combatir sus significados y, por otro lado, el contenido de nuestros trabajos, de carácter libertario, combate el principio de autoridad, político religioso, fuente de todos los sectarismos marxistas y con otros istas.

Cuando individuos normales, relativamente hablando, se expresan falsamente sobre el ser de otro semejante — bien voluntariamente por cierto aunque digan que no existen acciones voluntarias — para denigrarlo, cualquier psicólogo diagnóstica que se proyectan. Y es la verdad de la experiencia psicológica, científica y experimental, comprobada en miles de sujetos. Sin embargo no vamos a entretenerlos acusándolos de ser cuanto nos atribuyen, ni a trazar sus respectivas «estampas psicológicas». Que los juzgue su propia conciencia moral. Esta los juzgará menos benignamente que los juzgaría cualquier juez extraño. Con esta misma severidad nos hemos juzgado nosotros mismos por considerar que es lo más aconsejable y saludable para nuestra conducta presente y futura.

Sabiendo, por propia experiencia, que el que mal se comporta, mal habla y escribe sobre un semejante afin en ideas algún día se arrepiente, decidimos que, en adelante, no daremos por hablado ni escrito nada de lo hiriente que nos dirijan «amigos». Demos sólo importancia, valor, a lo que lo tiene: a lo bueno de cada uno. Que lo malo muera por falta de uso y por no prestarle atención alguna. Hacer daño a sabiendas al niño o a la niña, al joven o al adulto, en sentido individual y colectivo, es crueldad de la que solamente son capaces los autoritarios. Estos todo lo sacrifican al principio de autoridad, que es cruel por naturaleza: hasta a sus semejantes en guerras

u oprimiéndolos y explotándolos haciendo morir, prematuramente, a la mayoría.

Muévanos a todos sólo el interés de querer evitar errores que nos hacen o pueden hacernos daño. Esta será nuestra actitud en lo sucesivo por estar convencidos, precisamente, del valor superior de lo psicológico sobre todas las cosas. Esto último es lo que intentaremos probar. Y dado que nuestro contradictor de última hora es un doctor — que interviene en ayuda de otro contradictor, por invitación «especial» — expondremos experiencias de su propio campo científico para demostrar lo mucho que la conciencia y la mente pueden hacer en bien de las funciones de nuestro organismo y de su longevidad. Las influencias de estos factores psicológicos en el cuerpo fueron negadas por Watson y otros conductistas, de los que hablaremos, próximamente, porque vemos que sus viejos conceptos los sostienen, en nuestros días, hasta ciertos médicos que se hallan detenidos en posiciones científicas e ideológicas de hace medio siglo o más.

Entre cientos de ejemplos que tenemos archivados el que exponemos, seguidamente, por lo ilustrativo, puede resumirlos todos dado que se refiere al sujeto globalmente. Se trata de un hombre de ochenta años de edad que al descender de una acera, en Boston, fue atropellado y muerto por un camión. Al hacerle la autopsia los médicos llegaron a creer, firmemente, que el accidente se debió a que la víctima «era inválido». Al exponerle a su esposa lo que creían fue la causa de la muerte, les contestó que no era cierto, porque su marido, mientras vivió, siempre estuvo desarrollando gran actividad y jamás se quejó de molestias ni de dolores. Afirmó que, por el contrario: siempre tuvo buen humor, mucho ánimo y continuamente le decía a ella, a sus familiares y amigos que «a pesar de sus ochenta años estaba en perfecto estado de salud y que así continuaría viviendo: sano y salvo.»

Sin embargo, desde el punto de vista de la medicina, los médicos no encontraban explicación al caso asombroso que tenían a su vista. Su moral, su carácter, su personalidad, todo su ser psíquico, en dos palabras, compensó sus deficiencias orgánicas, dominó las distintas enfermedades que padecía obligando al organismo a mantener su capacidad de vivir activamente. Su caso representaba, y continúa representando, uno de los más sorprendentes que se dan en el mundo de la Medicina. Esta se vio impotente para explicar lo que sólo puede ser explicado, en su mayor parte, por la Psicología científica, porque pertenece a su campo especial de estudio, de investigación y de experimentación. Es lo que les cuesta aceptar a algunos fisiólogos, biólogos y médicos.

De no haber tenido la prueba material en sus manos los médicos norteamericanos — ni el español que nos contradice — jamás hubiesen creído que un individuo humano pudiera vivir en «perfecta salud», como proclamaba el accidentado, muy festivamente, sufriendo las siguientes enfermedades calificadas mayores por la Medicina, y cuyo

historial lo conservan en el Hospital de Massachussets: «Se habían formado nuevas vías para impulsar la sangre a consecuencia de una gravísima cirrosis que se formó en el hígado; la tuberculosis le había minado los pulmones; los riñones teníanlos destruidos en una proporción extraordinaria y sorprendente por enfermedad crónica; el corazón había casi doblado su tamaño para mantener la circulación de la sangre compensando el endurecimiento asombroso de sus arterias y su presión arterial era mínima.»

A este hombre, que a no ser porque lo atropelló un camión hubiera seguramente vivido muchos años más, gracias a su feliz estado de ánimo, podemos llamarlo: el caso del hombre que quiso estar siempre bien. Y es digno de estudio, en particular, porque refleja cuán decisiva puede ser la influencia de lo psicológico en el cuerpo humano.

En sentido negativo también influye lo psicológico como oconstatamos en los individuos que, por cualquier aprensión, empiezan a sentirse enfermos, pretenden estarlo después y acaban hasta haciéndoselo creer a avisados y honestos médicos. Han llegado al extremo de engañar a cirujanos competentes que «convencidos» de la enfermedad dada «síntomatología descubierta» en el paciente, operaron para descubrir que el órgano «afectado» no estaba enfermo. Los síntomas de la enfermedad, no existente, eran enfermedades diversas por causas nerviosas o psíquicas. Esto de dominio público.

Las buenas razones con respecto al conjunto del cuerpo, según el ejemplo del hombre de Boston, son aplicables a las partes de éste o de otro sujeto. Durante la guerra se dieron casos desconcertantes que, al parecer, no los tienen en cuenta ciertos deterministas y fisiologistas puros. Veán el caso del marinero que en Okinawa le destrozaron el lado izquierdo del cerebro con cuatro fragmentos de granada. Sirvió para dar varias conferencias científicas. Le volaron la mitad del cerebro y aunque no tuvo un fin funesto perdió la facultad de entender, de hablar y hasta la memoria. El daño a las áreas cerebrales no podía repararse. Pero tan pronto sanaron las heridas lo llevaron a un centro de aprendizaje especializado y la víctima, a los dos años de pacientes enseñanzas pudo comprender, leer y escribir como antes de ser herido y venció casi completamente, la parálisis de la cara, de un brazo y de una pierna. Otras áreas cerebrales habían sustituido, sorprendentemente, a las que quedaron inutilizadas. Y este resultado se obtuvo, mayormente, mediante un proceso psicoterapéutico y psicopedagógico. ¿Cómo puede negarse el factor psicológico fue lo superior, lo más decisivo en la reorganización o readaptación fisiológica del paciente, lo que le permitió una normalidad funcional que parecía imposible pudiera alcanzar?

Sobre el cerebro se hacen sorprendentes descubrimientos. No nos extenderemos ahora al respecto. Sólo citaremos unas palabras del doctor Neal Miller, de la Universidad de Yale, que las pronunció en el discurso de fines de agosto de 1961, al de-

jar el cargo de presidente de la Asociación Norteamericana de Psicología. Manifestó que los hombres de ciencia ya no consideran el cerebro como un conmutador telefónico enormemente complicado sino como un mecanismo completo, una glándula y un órgano activo que ejerce considerable control sobre su propia sensibilidad y es capaz de procesar y analizar información. En el cerebro — como en el cuerpo — pues, el total que determina las partes y no la suma de éstas el todo. A esta conclusión llegamos los profanos, de acuerdo con los científicos, y dadas las experiencias que tenemos ante nosotros. Al parecer las partes tienen las mismas potencialidades. No otra cosa significa el ejemplo del marinero que en Okinawa perdió la mitad de su cerebro: al destruirse determinadas localizaciones cerebrales los actos pudieron ser aprendidos por otros centros del cerebro.

Rogers, en el desarrollo de sus descubrimientos y teorías terapéuticas, hablando, imparcialmente, con espíritu científico, y sobre la conducta y la autodeterminación, basándose en la manera cómo el paciente aprende a reaccionar y a recuperarse dice que sólo conseguiremos comprenderlo «admitiendo la presencia en el organismo de una fuerza espontánea capaz de integración y de cambio de dirección». Y afirma que «el poder directivo de la voluntad es una fuerza que debemos integrar en cualquier ecuación psicológica.»

Estamos de acuerdo con Rogers al comprobar que el hombre cuenta con potencial psíquico y fuerza de voluntad, y según logre reaccionar y usar, en su propio bien, esa energía espontánea, voluntaria, que es capaz de desarrollar, puede sustituir, más o menos perfectamente, ciertas partes de su organismo y hasta conseguir que éste continúe funcionando sin algunos de sus órganos llamados vitales. Veamos algunos ejemplos más. La Naturaleza no siempre forma tipos perfectamente sanos. En casos de debilitamiento muscular un enfermo ha mejorado extirpándole la glándula timos, como también se la extraen a enfermos que sufren miastenia, sin que se acorte la vida de los mismos ni perjudique su salud.

La tiroides fija el ritmo de las actividades del organismo, pero cuando provoca sobreactividad y pone en peligro la vida la extirpan, y mediante tratamiento adecuado la persona puede vivir muchos años con inyecciones de sal de calcio, extracto de tiroides, etcétera. Claro que es el médico y no un profano o el que ha de indicar las cantidades que necesita, cómo y en qué periodos ha de tomarlas.

La digestión de los alimentos es realizada, mayormente, por el intestino delgado, pero a veces se han hecho necesarias intervenciones quirúrgicas que han extirpado más de ocho décimas partes del mismo. El corto, muy corto intestino delgado que queda en el organismo aumentando su capacidad de absorción ha permitido vivir normalmente al individuo. Y el intestino grueso y el colón, de los que a menudo también se extirpan grandes partes, ayudan en esas funciones de absorción.

La mala función de los riñones puede envenenar

al cuerpo y matarlo; necesita funcionar permitiendo que toda la sangre del organismo pase por ellos cada veintiocho minutos realizando su purificación. Ellos representan el equilibrio químico; pero sin embargo tampoco son imprescindibles para la vida la existencia de los dos. Comprobamos que hay individuos que nacen con un riñón, que viven aunque éste esté enfermo, y a otros les extirpan uno de los dos y continúan haciendo vida normal. Lo que quiere decir que podemos vivir con menos del cincuenta por ciento de los riñones.

Lo mismo ha ocurrido con los órganos pelvéticos y la vejiga cuando, por ejemplo, en caso de cáncer, los primeros se han extirpado completamente sin que acarree la muerte, y al segunda ha sido sustituida con porciones del intestino delgado y del intestino grueso.

La función del hígado es considerada vital, sin embargo, médicos y cirujanos han probado que el paciente puede vivir extirpándole más de tres cuartas partes de este órgano, que deja espacio a las células nuevas destruyendo las células viejas de la sangre, de la cual extrae bacterias, almacena grasa, neutraliza sustancias tóxicas en los alimentos y segrega bilis para auxiliar la digestión.

Hemos hablado de algunas glándulas y de ciertos órganos del cuerpo humano funcionando por separado, comprobando cómo se sustituyen sus funciones peculiares y cómo pudo funcionar un organismo, como el del hombre de Boston, que vivió desarrollando grandes y permanentes actividades, con optimismo y alegría, hasta que fue atropellado octogenario, cuando al parecer, según los médicos, no podía siquiera mal vivir sufriendo mil dolores.

La conclusión a nuestro entender, es obvia: de lo puramente orgánico hasta la conducta humana, lo psicológico se nos manifiesta como factor activo, propulsor, situado por encima de lo fisiológico y de lo biológico, como psíquicamente mental integradora de los procesos vitales capaz de hacerlos cambiar de dirección, y hasta el punto que lo permite el aprovechamiento de los materiales que posee la naturaleza del hombre con ánimo de vivir feliz. Claro que sin dichos materiales nada puede hacerse. Cómo construir una estatua metálica, por ejemplo, sin metales. Lo mismo con respecto al ser humano y a sus componentes.

Esto último nos sugiere una idea. La concepción sobre las diferencias entre los precitados valores del sujeto la consideramos también fundada o más que la de los distintos «niveles» que damos a continuación con ejemplo que resulta, a nuestro entender, claro y comprensivo: que las bases o cimientos de un edificio, de una obra de ingeniería o de arquitectura, de una escultura, de un gran y complicado monumento, etc., ocupan un nivel inferior, visibles o invisibles — al ser subterráneas generalmente poco apreciados en su justo y fundamental valor; siguen en importancia los materiales diversos que se emplean en las demás partes o volúmenes que constituyen la totalidad de la construcción en las que se aprecian los contornos acabados, las formas definitivas, todos los deta-

lles, pero consideramos superior lo idealizado por el ingenio humano, la idea que caracteriza la obra, el espíritu que brota del conjunto construido que nos atrae por su utilidad y acierto estético, por sus proporciones equilibradas, por su expresión concreta de arte que despierta en nosotros inmediata **empatía**.

Consideramos haber demostrado que lo psicológico ocupa el nivel superior de la vida humana, que es más valioso que lo llamado fundamental, que lo simplemente utilitario o funcional, mecánicamente hablando, de un objeto, cosa o cuerpo. Este reconocimiento no significa que menospreciamos lo inferior, lo básico, que es imprescindible, de lo que depende la estructura y la estabilidad o sostenimiento de lo superior, del nivel más elevado: de lo psicológico.

Ciertamente, el sujeto se debe a la herencia biológica, tiene una anatomía y fisiología determinadas: huesos, músculos, glándulas, órganos, etc., más o menos sanos; pero para opinar sobre su conducta al observador no se le ocurre investigar, ni preguntar, sobre la bondad de los materiales que constituyen el cuerpo de aquél, ni si cada una y todas las partes de su organismo funcionan adecuadamente aun reconociendo que influyen en su relativa normalidad psíquica y mental. Resultando, pues, que lo de más valor es la personalidad o la impresión global que ofrece el sujeto a los que lo observan.

Lo mismo nos sucede con lo inanimado que nos emociona: las impresiones y las sensaciones concomitantes no dejan siquiera que, de momento, nos preocupe saber con qué elementos y componentes diversos formaron la obra de arte o técnica que contemplamos, que atrae nuestra atención y admiración. Y en el orden de los valores psicológicos algo parecido ocurre entre la **empatía**, que citamos más arriba, y la **simpatía**. Para que ésta se establezca son precisas, al menos, primera y segunda personas que mental y emocionalmente coincidan y acaben compartiendo la misma experiencia emocional y mental. La simpatía es, pues, lo que no puede ser la empatía: factor esencial en las relaciones sociales. Es obvio que tienen cierta relación y que coinciden hasta cierto punto, pero no son, absolutamente, la misma cosa ni, por lo tanto, hemos de confundirlas.

Los tribunales de justicia

Si me parase un hombre en la calle y me pidiese el reloj, no se lo daría; si me amenazara con quitármelo a la fuerza, me parece que, aun cuando no tengo nada de bravucón, haría cuanto pudiese en su defensa; si, por otro lado, me manifestase su intención de conseguirlo por medio de los tribunales de justicia, me lo sacaría del bolsillo, se lo daría y me quedaría pensando que me había salido barata la cosa.—JEROME.

Esta es la conclusión en el área psicológica: que es natural y lógico que la simpatía sea superior a la empatía, porque sentirse atraídos hacia un objeto o cosa inanimada cualquiera, por obra de arte valiosa que sea, es evidentemente inferior al sentir con otros semejantes sentimientos afines o repetirse, en cada uno, relativamente hablando, la misma emoción. En todos los casos, de acuerdo con nuestra tesis, la superioridad radica en la mayor complejidad psicológica. Y en sentido general podemos añadir que no podríamos decir todos que la «psiquis» es lo más complicado del cuerpo humano si se debiera a simples y regulares funciones mecánicas internas, «totalmente conocidas», como afirman, gratuitamente, algunos fisiologistas del determinismo rígido y teóricos del viejo conductismo.

Cierto que gracias a la materia que se organiza y nos forma existe la «psiquis», que es la más alta manifestación de la primera, de la materia tomando conciencia — decimos conciencia que se adquiere — de sí misma. Pero no todo se debe al primer legado biológico y fisiológico. Consideramos que lo adquirido por el hombre a través de milenios de civilización y cultura es muy superior a lo que poseyó su semejante primigenio.

El valor del individuo humano se eleva con el desarrollo de la conciencia moral, que contribuye a dar útil y bello sentido a su vida. Esto significa muchísimo más de lo que pueden hablar los fisiólogos sobre el funcionamiento de uno o de todos los órganos del cuerpo. Y aumenta su importancia, en nuestros días, al constatar que la **condición humana de poder obrar a conciencia o a sabiendas, de conocer y saber qué hacer — que siendo adquirida parece innata —, coexistiendo con los provechosos vitales permite al hombre dominar, controlar y superar el curso de éstos.**

Con los fisiologistas puros, es decir, con los que pretenden que la fisiología explica todo, absolutamente todo lo que se refiere al hombre — hasta su comportamiento — admitimos que el impulso inconsciente biológico y psíquico tiende a la conservación de la especie, con la conocida y correspondiente instintiva emoción que repercute en la conciencia; pero por el impulso consciente, espontáneo y voluntario, el individuo humano lucha por lo que no ha heredado, ni ha vivido, ni vive y que, posiblemente, jamás viva: por un ideal generoso que beneficiará a la Humanidad, por el esfuerzo y decisión de su voluntad.

La actividad psíquica consciente está influenciada por tendencias sensibles o psicofísicas innatas, pero mucho más todavía por las energías que originan a la primera: por la finalidad que el sujeto persigue, por el sentido que quiere dar a su vida y a la sociedad. El hombre enterizo, con valor moral cimero, con buena cultura psíquica-mental, lucha pensando, más que en sí mismo, en sus semejantes que viven hoy en los que nacerán mañana para los que anhela, de todo corazón, y desde lo más hondo de su conciencia, un mundo mejor.

Todo nos está haciendo comprender, de forma ló-

gica, natural, que la fisiología, repetimos, no estudia el comportamiento del hombre. Para estudiar su conducta y personalidad durante mucho tiempo se usaron los métodos llamados tipológicos con los que establecieron tipos estructurales. Y hasta hace pocos años la conducta también se estudió utilizando el rígido esquema de los instintos, como siguen haciendo, en gran parte, el doctor y el escritor que nos replican, sin contestar, realmente, nada y sin tener en cuenta que los instintos adquiridos pueden extinguirse — y se extinguen — por voluntad del sujeto o por no utilizarlos.

Hoy los estudios fisiológicos — como los biológicos y hasta los sociológicos — incluyendo los cono-

cimientos sobre la fisiología cerebral y los instintos, la Psicología contemporánea los toma como factores que intervienen e influyen en la conducta humana. En nuestros días los psicólogos de todo el mundo coinciden señalándonos que el comportamiento del hombre es estudiado por la teoría de la transformación dinámica de la energía psíquica formada por las observaciones y experiencias psicoanalíticas.

¿Quién puede dudar todavía que lo psicológico es lo más valioso del hombre, que se refiere a su proceder, que estudia y trata la Psicología y no la Fisiología?

FLOREAL OCAÑA

EL SACRIFICIO

Ciertas ideas sobre el renunciamiento, la resignación y el sacrificio agotan más profundamente que los grandes vicios, y aun que los crímenes, las más bellas fuerzas morales de la humanidad. Sí, la resignación está bien y es necesaria ante los hechos generales e inevitables de la vida, pero en todos los puntos donde la lucha es posible, la resignación no es sino ignorancia, impotencia o pereza disfrazadas. Lo mismo puede decirse del sacrificio, que no es, muchas veces, sino el brazo debilitado que la resignación agita aún en el vacío. Está bien saber sacrificarse simplemente cuando el sacrificio viene a nuestro encuentro y causa una dicha verdadera a los demás hombres; pero no es juicioso ni útil consagrar la vida a la busca del sacrificio y considerar esta busca como el más bello triunfo del espíritu sobre la carne. — para decirlo de paso, se da por lo regular una importancia infinitamente grande a los triunfos del espíritu sobre la carne; y esos supuestos triunfos no son lo más frecuentemente sino derrotas totales de la vida —. El sacrificio puede ser una flor que la virtud coge al paso, pero no es para cogerla para lo que se ha puesto en camino. Es un grave error creer que la belleza de un alma se encuentra en su avidez del sacrificio; su belleza fecunda reside en su conciencia, en la elevación y el poder de su vida. Es verdad que hay almas que no se sienten vivir sino en el sacrificio; pero es verdad también que son almas que no tienen el valor o la fuerza de ir a la busca de otra vida moral. Es en general mucho más fácil sacrificarse, es decir, abandonar la vida moral, en provecho del que quiera tomarla, que cumplir el propio destino moral y realizar hasta el fin la tarea para la cual nos habia creado la naturaleza. Es en general mucho más fácil morir moralmente y aun físicamente por los demás, que adaptarse a vivir para ellos. Muchos seres adormecen así toda iniciativa, toda existencia personal en la idea de que están siempre dispuestos a sacrificarse. Una conciencia que no va más allá de la idea del sacrificio y que se cree en regla consigo misma porque busca sin cesar la ocasión de dar lo que tiene, es una conciencia que ha cerrado los ojos y se ha amodorrado al pie de la montaña. Está bien darse y es además a fuerza de darse como se acaba por poseerse un poco; pero es prepararse a dar poca cosa no tener que dar a los demás sino el deseo de darse. Antes, pues, que dar, procuremos adquirir; y no creamos que dando estemos dispensados del deber de adquirir. Esperemos la hora del sacrificio trabajando en otra cosa. Esa hora acaba siempre por sonar; pero no perdamos nuestro tiempo en buscarla sin cesar en el cuadrante de la vida.

Hay sacrificio y sacrificio; y no hablo aquí del sacrificio de los fuertes que saben, como Antígona, renunciar a sí mismos cuando el Destino, tomando la forma de la dicha evidente de sus hermanos, les ordena abandonar su felicidad y su vida. Hablo del sacrificio de los débiles, del sacrificio que se repliega sobre su inanidad con una satisfacción pueril, del sacrificio que se contenta con mecernos como una nodriza ciega, en los brazos enflaquecidos del renunciamiento y del sufrimiento gratuito.

MAURICE MAETERLINCK

A Antonio Reyes

Su ensayo sobre Averroes y su

concepto de la Hispanidad

El polígrafo venezolano Antonio Reyes es, sin duda, el mejor biógrafo y crítico de la obra magna de Raimundo Lulio. A ello ha consagrado gran parte de su tarea erudita. Es miembro en el grado de Magister de la Escuela Superior de Filosofía de Palma de Mallorca, en cuyo último congreso, al que concurrieron lulistas de todo el mundo, presentó una ponencia que fue premiada y ha sido editada en cinco idiomas.

Refiérese a la influencia luliana en la lírica mística del Siglo de Oro y expone esta opinión en los siguientes términos:

Los versículos del «Libro de Amigo y Amado» certifican que Ramón Llull, antes de San Juan de la Cruz, había expresado aquella fragante y mística página en prosa que dice: «no supo vivir en la tierra», y no pocos versos en la producción emocional de Santa Teresa de Jesús vibran, a veces, con los mismos acentos de los versículos de Ramón Llull. Pero, sobre todo, lo que hace a Ramón Llull predecesor del beato Juan de Ávila, del pulcro padre Granada, y del inspirado fray Luis de León y fundamenta en él la concepción de la expresión cristiana es su espíritu, que animaba y enardecía al corazón, no por vibración de sentimiento, sino más bien por persuasión de la inteligencia. Y así ningún místico como él pudo dar una definición más exacta del amor «sublime, cuando expresara en su insigne síntesis: «Amor está entre creencia e inteligencia, entre fe y ciencia».

Lulio, trovador, filósofo, creyente y poeta, influye así definitivamente en la clara orientación mística que anima a las grandes figuras del Siglo de Oro español.

Toda la producción juvenil de Ramón Llull, aun cuando de mejor factura y estilo, adolece de las características de los trovadores de aquellos tiempos: es erótica y extremadamente sensual. El mismo confiesa en una ocasión: «La hermosura de las hembras fue la pestilencia de mis oídos», y al referirse a sus antiguos compañeros, agrega: «Ya no se hacían sino canciones de lujuria y de vanidades», pero de manera especial destaca que los trovadores eran amados y distinguidos porque cantan, bailan y hallan versos y canciones, danzas y baladas».

También agrega que conceptúa el arte del trovador como degenerado en su tiempo, pero aboga con el mayor entusiasmo — sin desperdiciar ocasión propicia para ello — por su posible dignificación y restauración, ya que él mismo se titula «juglar de valer», puesto que ha utilizado su facilidad de rimar en sus empeños de llevar a los hombres a su credo y a la virtud, y asimismo le ha servido su destreza en la versificación para popularizar la enseñanza, haciendo más ameno y amable a los escolares el aprendizaje de su filosofía.

Al caso, atribúyese a fray Luis de León frase ilustrativa de los grabados que representan al maestro al enseñar especialmente durante el siglo XIX; «Tres sabios hubo en el mundo: Adán, Salomón y Raymundo». Sea cierto o no, resulta indudable que algunos de los pensamientos místicos de fray Luis y mucha parte de su ascética la hallamos en los libros lulianos y especialmente en el «Libro de Contemplación en Dios». Igualmente diversos versos del citado místico parecen inspirados en el «Libro de los Cien Nombres de Dios» y el «Libro del Amigo y Amado». Fray Luis de León debió de conocer a Llull cuando sus estudios estaban en boga y las escuelas lulianas de Salamanca y Alcalá florecían con manifiesto entusiasmo. Dicha sentencia atribuida a fray Luis es recordada por Menéndez y Pelayo, el cual dice: «Ramón Llull es el Jacopone di Todi español. El fue quien abrió la falange de los grandes místicos hispanos. Otros podrán llevarle ventaja en la cincelada forma artística, mas no en la originalidad y en el brillo de las concepciones, en la encendida y arrebatadora tempestad de los afectos». En cuanto a su «Libro de Amigo y Amado», escribe asimismo Menéndez y Pelayo: «Todavía no ha sido superada dicha obra por la de los demás místicos peninsulares y quizá sólo igualada por dos o tres místicos castellanos».

Repasando las «Obras completas» de A. Reyes, constituidas por un grupo de ensayos, se nota en seguida su predilección por los temas hispánicos, tanto filosóficos como históricos, sin olvidar las anécdotas que son, según Plutarco, los granitos de sal de la His-

toria. El más substancioso de estos ensayos es el que se titula el «Racionalismo averroista», del que extraigo los siguientes juicios:

Averroes buscó en el sistema neoplatónico lo mejor de sus inspiración. Fue un peripatético que quizá no bebió en las fuentes originales de la filosofía griega los principios fundamentales, sino que, por el contrario, captó el sentido básico del sistema a través del sentir personal, ¡y a veces erróneo!, de traductores coetáneos.

No aceptaba, desde luego, el «apriorismo». Su concepto racionalista sobre la «eternidad de la materia» y al mismo tiempo sobre el «intelecto uno» — que según Ritter fueron los puntos capitales que conmovieron con mayor intensidad el sentimiento cristiano —, excluían de por sí la «demostración científica del dogma religioso». Pero con todo, merece repetirse el hecho de que Averroes no estuvo de acuerdo con el racionalismo crudo, que resume la casi totalidad de los afanes filosóficos árabes, llamados por amplitud y por antonomasia — aunque falsamente — «averroismo», especialmente durante los siglos XIII y XIV.

Sin embargo, la labor de Averroes queda oculta durante muchos lustros en la urdimbre complicada del pensamiento arábigo. Más justo: no logra penetrar las murallas del territorio en que personal y de modo definitivo actuara el maestro. Es a principio del siglo XII cuando Occidente conoce su labor. Su introductor al mundo latino es Miguel Scotto (1115-1137). En síntesis, Averroes se distingue por una forma o método apenas conocido, y rompe con las reglas patadas secularmente, que se creían hasta entonces incommovibles. Era un sabio filósofo, entregado a la reflexión, al estudio y a la investigación racional, no podía menos de sentirse feliz y dichoso al vivir en un tiempo en el cual podía ver con sus propios ojos a un hombre que había entrado ignorante en el retiro espiritual para salir de él como había salido, sin el auxilio de enseñanza alguna, sin estudio, sin lectura, sin aprendizaje de ninguna especie. Por eso exclamó: «Es éste un estado psicológico cuya realidad nosotros hemos sostenido con pruebas

racionales, pero sin que nunca hubiésemos conocido persona alguna que lo experimentase.

Señala Renán, con acopio de datos, cómo la Sorbona de París fue el centro principal donde se desarrolló con mayor intensidad la doctrina averrista en la Edad Media. Afirma el mismo que Santo Tomás de Aquino fue el adversario de mayor aliento que tuvo Averroes y su doctrina, y agrega después: «Sin paradoja se puede decir que fue el primer discípulo del gran comentador, a quien el mismo autor denomina «el héroe de la cruzada helénica».

La afirmación citada al respecto del Santo de Aquino no puede ser más justa y precisa: él fue ante todo y en cierta forma casi un racionalista, ortodoxo y teológico naturalmente, que aprovechó en su argumentación para combatir a Averroes muchas de las armas con las cuales aquel mismo había organizado sus tesis filosóficas. El,

mejor que ninguno, respondió a una necesidad urgente del momento.

Por lo demás, no hay que olvidar el hecho de que tanto Averroes como Santo Tomás fueron dos genuinos peripatéticos, y que este último mucho se interesó, en consecuencia, por los comentarios del primero. Con harta frecuencia Santo Tomás cita las traducciones de los «Comentarios» de Averroes, hechas por Miguel Scoto y de modo especial se interesa por ellos.

Lo más grave del caso fue que este averroismo crudo, frío, todo negación, tuvo influencia trascendental en casi la totalidad del continente europeo. ¡La confusión resultó enorme!

Para Averroes existía un entendimiento básico: activo cuando realizaba las formas inteligibles, y pasivo, cuando se concretaba a recibirlas ambos unidos, que eran uno, lo señalaba como entendimiento individual. Para él esta marcha ascendente hacia la racionalidad pura se opera exclusi-

vamente por el estudio y por la especulación, por la liberación del influjo de las facultades interiores, singularmente de la fantasía, todo lo cual depende de la fuerza primitiva del entendimiento material principalmente.

Murió en hogar ajeno. No había podido regresar a Córdoba, la villa de sus afanes. Sus restos, pocos meses después, fueron trasladados de Marruecos a su ciudad natal. Una bestia de carga realizó la piadosa empresa; cargados en él, de un lado iba el cadáver, y al otro, sus libros. Sus libros fieles depositarios de la inmortalidad de su pensamiento.

Por lo fértil y ajustado de su erudición, por la flexibilidad y el color de su buena prosa castellana, yo le llamaría el Menéndez y Pelayo de Hispanoamérica. Ningún escritor, ni pensador de aquel continente ha calado tan hondo en el concepto de Hispanidad.

ALBERTO I.



León Tolstoi y la no violencia

1. — CUALIDADES ESENCIALES CARACTERÍSTICAS DE TOLSTOI

SEGUN muchos críticos y estudiosos, León Tolstoi debe ser examinado sólo a la luz de su potencia narrativa y del vigor de su literatura. Nosotros no negamos la grandeza del más grande novelista ruso, una de las figuras más representativas de la literatura de todos los tiempos y de todos los países, más bien afirmamos, sin temor de ninguna desmentida, que todos los escritos tolstoianos, desde las biografías de su primera juventud hasta las novelas y sabias polémicas, son obras de amor y fraternidad que servirán de texto, aun en lo por venir, en los problemas concernientes a la pacífica convivencia de las distintas comunidades humanas.

Veneramos a Tolstoi no solamente por su valor literario, sino por todo, por cuanto ha sabido decir de los hombres, aunque no siempre haya logrado hacerse comprender de sus contemporáneos y de la posteridad.

Es destino de todos los grandes hombres no ser comprendidos, desde Buda hasta Cristo y Gandhi, cuántas veces su pensamiento ha sido retorcido por obra misma de los secuaces y discípulos más fieles y consecuentes, como lo demuestran los diversos cismas y la intolerancia de los dogmáticos con sus semejantes y todas las escisiones, políticas y no políticas, las excomuniones y anatemas en todos los campos y especialmente en el religioso y filosófico.

Admiramos a Tolstoi en toda su vida, en toda su gigantesca obra y, ¿por qué no?, en todas sus contradicciones. Contradicciones que, si no se consideran aisladamente, sirven para atestiguar el duro trabajo de un alma atormentada, siempre en busca de perfeccionamiento, de mejoramiento, de amor a todo lo creado, desde el hombre hasta los animales y las plantas.

Se enroló en el ejército, pero pronto comprendió que la vida del ejército no era para él, potencialmente pacifista, más bien la consideraba inútil tanto que hubo de escribir:

«He desarrollado sólida actividad y he pasado el día en tristes obligaciones. Estoy muy cansado y he aprendido muchas cosas que, si bien nuevas, son del todo inútiles. Estuve en la revista de tropas. La mejor cosa que espero del servicio militar es el licenciamiento.»

Escribió páginas que parecían lo más patrióticas y después comprendió la inutilidad y los horrores de la guerra y anotó en su diario:

«¡Estúpida gente! Todos, especialmente mi hermano, beben, y eso me disgusta. La guerra es una cosa tan injusta y tan nociva, que quienes la hacen procura sofocar su conciencia ¿obro bien?

»Mis facultades mentales se han embotado en esta vida irregular y sin objeto y entre esta gente que no puede, ni desea, comprender nada que sea serio y noble.»

Perteneciendo a una noble y antigua familia rusa, despreció las riquezas y las comodidades propias de la aristocracia y no lo ocultó ni en sus libros ni en su vida privada. Y a propósito de esto Máximo Gorki cuenta:

«Hemos paseado en el parque Yusupof. El ha magníficamente descrito las costumbres de la aristocracia moscovita. Una joven campesina trabajaba en un jardín encorvada en ángulo recto, mostraba unas piernas de color marfil y movía los senos. El la miró atentamente y dijo: «He aquí, en caríatides como aquéllas se sostiene nuestra aristocracia brillante e insensata. Se sostiene no sólo por el trabajo de los mujiks y de las campesinas, ni por los arrendamientos de tierras, sino por la sangre del pueblo, en el verdadero sentido de la palabra. Si de cuando en cuando la aristocracia no dispusiera de semejantes bestias de carga, desaparecería como una sola pieza.»

Combatió todos los prejuicios, desde los estatales y religiosos, hasta los militares. Criticó y trató de demoler todos los ídolos que se venían creando en todos los campos de la vida humana.

Enemigo de la guerra, del servicio militar y de la violencia, denunció abiertamente las contradicciones entre los diferentes sistemas políticos y jurídicas y los principios del amor y de la caridad cristiana. Combatió el artificio, el orgullo, la presunción y todo el andamiaje que el hombre construye para subyugar a sus semejantes.

Amante de la naturaleza y de lo bello, criticó severamente la falsedad artística. Primero en «La Guerra y la Paz» y en «¿Qué es el arte?»; después ridiculizando lo absurdo del teatro, la ópera y el ballet.

Maduró en él, en armonía con su ideología y con su temperamento artístico, un nuevo concepto del arte donde se lanza, con fervor iconoclasta (que se hace aún más intransigente en el ensayo acerca de Shakespeare, 1900, contra aquellos conceptos que considera falsos, y contra el alejamiento del arte de su función immanente, que es la de realizar el ideal de la unión fraterna de los hombres:

«El arte no es un goce, un placer, un divertimento. El arte es una gran cosa. Es un órgano vital de la humanidad que transporta los conceptos de la razón al dominio del sentimiento.»

Criticó lo absurdo de la litúrgica y la Iglesia, lo consideró blasfemo y lo excomulgó, mas esto no le impide predicar «el verdadero cristianismo», refiriéndose, de modo especial al «discurso de la montaña» y sus principios fundamentales del Evangelio de Cristo: «Ama a tu prójimo como a tí mismo» y «no oponerse con violencia.»

Estas fueron sus máximas. Estuvo sobre todo contra la violencia, la guerra, la pena de muerte, y lo demostró muchas veces con sus escritos, con sus obras, con sus enseñanzas.

Y si no bastaran sus innumerables textos y sus sabias publicaciones, además de la magistral «Guerra y Paz», para convencer a los inmutables, consideramos oportuno referir parte de una carta escrita, dos meses antes de morir, a Gandhi, para establecer cómo Tolstoi aborrecía la violencia y la muerte legalizada aunque fuera, sobre todo, justificada por el Estado con el beneplácito del poder eclesiástico.

«Cuanto más vivo — sobre todo ahora, que siento con claridad la aproximación de la muerte — más fuerte es la necesidad de expresarme acerca de lo que más vivamente tomo a pechos, sobre lo que me parece de inaudita importancia: vale decir que cuanto se denomina la **no resistencia** no es en resumidas cuentas, más que la enseñanza de la ley del amor, no deformada por interpretaciones mentirosas

»El amor, o en otros términos, la aspiración del alma a la comunión humana y a la solidaridad, representa la ley superior y única de la vida. Y eso cada uno lo sabe y siente en la profundidad de su corazón...

»Hoy la cuestión se plantea así: o sí o no; hay que escoger; o admitir que no reconocemos ninguna enseñanza moral o religiosa y dejarse guiar en la conducta de nuestra vida por el derecho del más fuerte, o bien obrar de manera que todos los impuestos cobrados por constreñimiento, todas nuestras instituciones de justicia y de policía, y ante todo, el ejército, sean abolidos.

»La primavera pasada, en el examen de religión en un instituto de señoritas, en Moscú, primero el instructor religioso, después el arzobispo que asistía, interrogaron a las muchachas sobre los **diez mandamientos**, y principalmente sobre el quinto: «No matar». Cuando la respuesta era justa, el arzobispo añadía con frecuencia esta otra pregunta: «¿Es siempre y en todos los casos por la ley de Dios prohibido matar?» Y las pobres muchachas, pervertidas por los profesores, debían responder y respondían: «No, no siempre. Porque en la guerra y para las ejecuciones es permitido matar. Sin embargo, una de aquellas infelices criaturas, al hacerse la pregunta habitual: «¿El homicidio es siempre un pecado?», se ruborizó y respondió conmovida: «¡Siempre!» Y a todos los sofismas del arzobispo replicó firme, que era prohibido siempre, en todos los casos, el matar y esto ya desde el Antiguo Testamento... A pesar de su habilidad oratoria, el arzobispo no pudo abrir la boca y la muchachita quedó victoriosa...» «No podemos ahogar el pensamiento porque todo hombre siente, más o menos oscuramente, como ella. El socialismo, el anarquismo, el ejército de salvación, la criminalidad, la desocupación, el lujo monstruoso de los ricos, que no cesa de aumentar, y la negra miseria de los pobres, el aumento de los suicidios, todo este estado de cosas testimonia la contradicción interna, que debe ser y será resuelta.»

Estas son las «contradicciones» tolstoianas. Contradicciones que demuestran la superioridad del hombre más todavía que el escritor. La enseñanza de humanidad que dan sus obras es grande, inmensa, y es por lo que admiramos y veneramos a Tolstoi, el paladín de la no violencia que supo infundir y perfeccionar, en tantos ilustres discípulos como Gandhi, y Romain Rolland, aquellos preceptos morales que van desde la objeción de conciencia al vegetarianismo, de la abolición de todo poder jerárquico, a la renuncia de todo bien terreno.

Supo conciliar el pensamiento de Buda, con el de Cristo; los principios de Lao Tse con los anarquistas de la abolición de la autoridad y del poder. En esto que otros llaman «contradicciones», está la grandeza de Tolstoi. Estos son los caracteres esenciales de la figura del pensador Tolstoi.

II. — HOMBRE DE FE, HOMBRE DE AMOR

El pensamiento de Tolstoi no partía de premisas filosóficas ni de proposiciones científicas, sino de la intuición religiosa o, más bien, mística, del amor como principio fundamental y esencial que solo puede originar la «verdadera vida».

Para vivir moralmente basta el Amor (sencillo, puro, a todos los seres vivientes), en su más noble acepción. Al alma que vive de amor, ninguna limitación, ninguna ley puede serle impuesta, ni de Iglesia ni de Estado, ni de ejércitos, ni de tribunales, ni de sacerdocio.

Detestaba los ídolos de cualquier especie o naturaleza, no admitía la bondad de los movimientos organizados en forma piramidal, hechos de adeptos a la dependencia de un jefe. Ostentaba su oposición a la creación de un movimiento tolstoiano organizado, del cual pudiera ser jefe.

Sea públicamente o en privado, en discusiones o en escritos, le gustaba definirse como anárquico cristiano y supo conciliar el cristianismo, y más exactamente las enseñanzas de Cristo, con el anarquismo, esto es, con la falta de autoridad gubernativa, considerada bajo la forma más brutal: la violencia.

Tolstoi daba como base de la doctrina cristiana el no resistir al mal con la violencia.

Jesús no sólo prescribió, a cuantos le seguían amar a su prójimo como a sí mismos sino mandó no resistir, y esto en oposición al antiguo precepto: «Ojo por ojo y diente por diente».

Pero el anarquismo de Tolstoi fue un anarquismo más moral que político y económico, más ascético y místico que filosófico.

Toda la teoría tolstoiana se basa en la no resistencia al mal por medio de la violencia. Las consecuencias que se derivan de tal concepto son incalculables, porque, en la práctica, la no resistencia pasiva, es decir, al negarse a obedecer las leyes del Estado concernientes al uso de la fuerza o de la violencia. La huelga general pacífica, por ejemplo, entra en el cuadro de las ideas de Tolstoi.

Tolstoi fue pacifista integral y no podía no serlo dados sus ideales de no violencia, pero esta no

violencia considerada por muchos como pasiva, es extraordinariamente activa en el campo del pensamiento. No sufrir pasivamente las prepotencias de otros, pero oponer a éstas, no los métodos violentos sino la razón. Los poderosos tienen necesidad de los humildes, de la masa, del pueblo, y está en los hombres el hacer pesar su propio valor cerca de los poderosos, y a este propósito escribe: «La salvación está en nosotros. Si en todos los países del mundo los trabajadores de las ciudades y de los campos cesasen de obedecer a los gobiernos, el poder de éstos desaparecería y al mismo tiempo desaparecería la servidumbre, que se mantiene en virtud de nuestra voluntaria sumisión.»

No se pueden tachar semejantes definiciones con el apelativo «pasivo» en el sentido despreciable de la palabra. No oponerse con violencia sino hacer comprender, con la fuerza y el vigor del razonamiento, los conceptos errados y caminos equivocados que la humanidad se apresura a recorrer. Y nuestra aserción es corroborada por la siguiente que el propio Tolstoi hace de la no violencia: «Un nuevo concepto de la vida cuya aplicación en la vida social tendrá como resultado la desaparición de la lucha entre los hombres.»

En su escrito «Pausas y Reflexiones», el concepto de no violencia es remachado aún con mayor claridad.

«La única objeción, o mejor dicho, la única pregunta que se puede plantear es: Si el amor del prójimo es inherente a la naturaleza humana ¿por qué han pasado tantos millares de años (ya que el mandamiento de amar a Dios no es de Cristo, sino que se remonta a Moisés) en los cuales el hombre, aun conociendo este camino, de la felicidad no lo ha seguido? ¿Qué es lo que impide la manifestación de un sentimiento tan natural y tan benéfico para la humanidad?

Es obvio que no basta decir «Amaos los unos a los otros». Esto se viene diciendo desde hace tres mil años y ha sido repetido en todos los tonos, en todos los pulpitos, religiosos y laicos, pero los hombres continúan todavía exterminándose en vez de amarse. Hoy nadie puede dudar de que, si los hombres se ayudaran en vez de dilacerarse (cada uno busca su propia felicidad, la de su familia y de su país); si sustituyese el egoísmo por el amor y organizase la propia vida según el principio comunitario en vez del individualista; si se amase como se ama uno a sí mismo o si, por lo menos, no hiciese a otro lo que no querría que a él se le hiciese, como fue dicho dos mil años ha, entonces la cantidad adquirida de aquella felicidad personal que todo hombre procura sea más grande, y la vida humana en general sería razonable y feliz en vez de ser como ahora es: una sucesión de contradicciones y de sufrimientos.

Nadie duda de que, si al hombre se le continuara sustrayendo la propiedad de la tierra y los productos del trabajo, habrá de esperarse una represalia de los que sean así robados y que los oprimidos recobrarán con violencia y venganza lo que les ha sido quitado. Todos saben además que los preparativos de guerra hechos por las diversas nacio-

nes llevan a las terribles matanzas, a la ruina y a la degeneración de todos los pueblos que participan en esta carrera de armamento. Nadie duda de que, si el actual orden de cosas se prolongara una docena de años, el resultado sería la ruina inminente y general. No hay más que abrir los ojos para ver el abismo hacia el cual vamos. Mas parece que la profecía de Cristo haya de cumplirse entre los hombres de hoy: «Tienen oídos y no oyen, ojos y no ven».

El hombre continúa viviendo como ha vivido siempre, y no desiste de lo que ha de llevarlo inevitablemente a la ruina. Además el hombre de nuestra sociedad cristiana reconoce, si no la ley del amor por lo menos la obligación moral del principio cristiano que manda no hacer a los demás lo que no quisieras que te hagan a ti, pero no obra en consecuencia. Evidentemente una razón secreta pero superabundante le impide hacer lo que es de su provecho: lo que lo salvaría de los peligros que le amenazan, y que la ley de su Dios y de su conciencia le dicta. ¿Hemos de concluir que el amor aplicado a la vida es una quimera? Y si lo es, ¿por qué el hombre se ha dejado ilusionar por tantos siglos con este sueño irrealizable? Los tiempos son más que maduros para reconocer su futilidad. Pero el género humano no se arriesga a resolver seguir la ley del amor en la vida ni a renunciar a la idea.

¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esta contradicción, que dura tantos siglos? No es porque al hombre de nuestra época le falte el deseo y la posibilidad de hacer lo que le dicta el sentido común y el peligro de la propia situación, y sobre todo la ley de lo que llamamos Dios y conciencia. Pero es principalmente porque hace lo que le aconseja su Zola, está tan ocupado, tan asido por el trabajo iniciado hace tanto tiempo, que se le hace imposible detenerse a recoger sus propios pensamientos y considerar qué es lo que debiera hacer. Todas las grandes revoluciones de la vida del hombre comienzan en el pensamiento. Haced sólo que acontezca un cambio en el pensamiento del hombre, y la acción seguirá la dirección del pensamiento, como la nave sigue la del timón...» «Y cuando el amor al prójimo se haya hecho natural al hombre, las nuevas condiciones de la vida cristiana se realizarán espontáneamente, así como en un líquido saturado de sal los cristales comienzan a formarse no bien se deja de mezclarlo.

Para que tal resultado se realice y el hombre se organice de acuerdo con su conciencia, no se requiere ningún esfuerzo positivo; al contrario, no tenemos más que desistir de los esfuerzos que ahora hacemos. Si el hombre emplease la centésima parte de su energía (ahora totalmente gastada contra conciencia en ocupaciones materiales) para aclarar lo más posible los datos de la propia conciencia, para expresarlos lo más lucidamente posible, para hacerlos conocidos y sobre todo para practicarlos, el cambio predicho por Dumas y por todos los profetas sería cumplido más rápidamente y más fácilmente de lo que pensamos, y los hombres adquirirían aquel bien que Jesús procla-

mó en sus buenas nuevas: «Procurad el Reino del Cielo y todo lo demás os será dado por añadidura» (1).

Estos postulados de fraternidad y de humanidad que se concentran en la **no violencia** constituyen el «todo» del pensador Tolstoi.

Pensador sobre todo de verdad, entendiendo la libertad del pensamiento a cualquier costo, su pensamiento puede ser comprendido en lo que escribió a Voissov el 11 de noviembre de 1902: «Perdonad si os he ofendido. No se puede decir la verdad a medias. Se debe decir la toda, o no decir nada».

C. R. Das., que después llega a ser amigo de Gandhi y jefe del partido swarafista indio (que se propone conciliar el método de la no violencia con la participación en los consejos legislativos) en los tiempos en que combatía la doctrina de Tolstoi y de la violencia, escribe al novelista ruso pidiéndole algunas palabras para su periódico. Tolstoi responde, con las que después fueron divulgadas en todo el mundo con el título «carta a un indio». En la respuesta Tolstoi remacha enérgicamente la doctrina del amor y de la no violencia, encuadrando cada parte de la argumentación con citas de Krishna:

«Se podría esperar que, en inmenso mundo bramano-budista y confucista, este nuevo prejuicio científico no hubiera tenido lugar, que los chinos, japoneses, e hindúes, comprendiendo la memoria religiosa que justifica la violencia, habrían llegado directamente a concebir la ley del amor, propia a la humanidad, que fue promulgada con tan estrepitosa fuerza por los grandes maestros de Oriente. Pero la superstición de la ciencia, que ha sustituido a la de la religión, invade cada día más los pueblos de Oriente. Ya subyuga al Japón y le depara los peores desastres. Se extiende a los que en China y en la India, pretenden, como usted, ser los conductores de sus pueblos...» «Dice usted que los ingleses han dominado la India, porque la India no resiste bastante con la fuerza? Pero es justamente todo lo contrario. Si los ingleses han dominado a los hindúes, no ha sido sino porque los hindúes reconocían y reconocen todavía la violencia como principio fundamental de su organización social; se sometían, en nombre de este principio, a sus reyezuelos; en nombre de este principio han luchado contra ellos, contra los europeos, contra los ingleses... Una compañía comercial — treinta mil hombres más bien débiles — han dominado a un pueblo de doscientos millones. ¡Diga eso a un hombre libre de prejuicios! No comprenderá lo que esta palabra puede significar... ¿No es evidente, por estas mismas cifras, que no han sido los ingleses, sin los propios hindúes los que subyugan a los hindúes?... Si los hindúes son dominados con la violencia, es porque ellos mismos han vivido en la violencia, viven al presente en la vio-

lencia y no reconocen la ley eterna del amor, propia de la humanidad... «Digno de piedad e ignorante es el hombre que busca lo que posee e ignora poseerlo! Si, miserable e ignorante el hombre que no conoce el bien del amor que le circunada y que yo les he dado — KRISHNA.» «El hombre ha de vivir con la ley del amor, que es propia a su corazón y que encierra en sí el principio de la **no resistencia**, de la **no participación en ninguna violencia**. Entonces, no solamente un centenar de hombres no podrían dominar a millones, sino millones no podrían dominar a uno solo. No resistas al mal y no toméis parte en este mal, en la coerción de la administración, de los tribunales, del impuesto, y sobre todo del ejército. Y nada, ni nadie en el mundo, podrá dominaros.»

Tolstoi, como repetidas veces hemos expuesto, se opone a todas las violencias y a todos los abusos. A la violencia estatal, a la religiosa, a la instigada por la riqueza, procurando como muchos otros excelsos pensadores redimir al hombre sustrayéndole de la esclavitud y servidumbre al trabajo por obra de otro hombre.

Tolstoi abandonó las comodidades y riquezas, la familia y la casa, se fue, pobre, acompañado de un solo fiel discípulo, a propagar las ideas de fraternidad y amor que desde siglos, y por obra de muchos grandes maestros, circulan por todos los países y suenan, desgraciadamente, aun hoy ásperas al oído del hombre.

En el pensamiento de Tolstoi dominó siempre una necesidad de sinceridad, por lo que toda forma de «constructivismo» y todo el indultar en la fantasía parecen bandidos de fragmentos de vida que coordinó con los varios escritos en forma de novelas y de ensayos.

La defensa de todos aquéllos que eran perseguidos por sus ideas y por el propio pensamiento fue vehementemente. Buscó siempre el contacto con los que sufren, con los pobres, con los proletarios.

Tuvo relaciones continuas con los secuaces de las diversas sectas rusas; organizó socorros para los afectados por el hambre (1892-1893), hizo propaganda al problema de la cesión de las tierras a los campesinos, y sobre todo al problema del derecho personal a la riqueza y del derecho de la colectividad respecto a la muerte del individuo no dejaron de apasionarlo nunca.

Su obra multiforme es destinada toda a instaurar en la tierra «el orden nuevo en el cual reinará la concordia, la verdad, la fraternidad y del cual será desterrado todo fariseísmo, todo dogmatismo, todo orgullo individual o colectivo.»

Predicaba su fe, que era hecha de paz en el amor y de amor en la paz. Fe de libertad, de igualdad, de solidaridad humana y sobre todo de exención de toda prepotencia.

La fe de Tolstoi es la no violencia, canon principal de la maravillosa religión que es el amor entre los hombres y la igualdad por sobre todas razas, confines y credos.

SALVATORE FERRARETTI

(1) Es decir, fuera todo reino en la tierra. — (N.D.L.R.).

Vidas agitadas

TORRIJOS

por Soledad Gustavo

ES Torrijos, con el Empecinado, Riego y Lacy, una de las más ilustres y desdichadas víctimas del siniestro Fernando VII y del ultramontanismo hispano.

Su vida agitada y su muerte trágica, su generosidad y su entusiasmo por la causa de la libertad, que era entonces la de los constitucionales, le hacen acreedor a esta glosa breve de su existencia y su fin.

Nació Torrijos en Madrid en 1791. Fué dedicado a la carrera de las armas. A los diez años era ya admitido entre los pajes del rey. A los dieciséis obtuvo el empleo de capitán. Distinguióse en la guerra de la Independencia por su valor combatiendo a los invasores, valor que a la terminación de la guerra le dió el título de brigadier, que tenía ganado con su sangre abundantemente derramada en aras de la libertad del suelo español.

Libertad que, salvándola del dominio napoleónico, echó a la España tenebrosa de aquella época en brazos de Fernando VII, verdugo de las libertades públicas, verdugo de toda independencia y todo derecho.

Torrijos, partidario entusiasta de la libertad, no podía sumar su voz a las voces de los que gritaban «¡Vivan las caenas!»

Su actividad revolucionaria, para derribar el régimen odioso que deshonraba a España ante todo el mundo, hizo que en 1817 fuese encarcelado, lo que no le impidió trabajar, desde la cárcel y secretamente, en favor de la revolución de 1820. Triunfante ésta, se confió a Torrijos un importante cargo militar en Valencia. A principios de 1823 se le nombró ministro de la Guerra. Su poder militar dentro de la Constitución duró poco, ya que, restablecido el absolutismo, Torrijos hubo de huir a Francia y más tarde a Inglaterra, donde se ganaba la vida traduciendo obras para los libreros de América del Sud. Aunque hubiera trocado la espada por la pluma y la actividad por la inacción forzosa, no por esto olvidaba sus entusiasmos y los rencores, deberes y compromisos morales que le ligaban a la suerte de la desdichada España.

Trasladóse de Inglaterra a la América del Sud, en donde fraguó sin cesar planes de insurrección contra el gobierno absolutista de España, planes que fracasaban sin desanimarle.

El éxito de la revolución francesa de 1830 le animó y excitó su entusiasmo y su impaciencia. Ni el fracaso de Mina, ni la trágica muerte del infortunado y valiente Manzanares, hicieron retroceder a Torrijos en su empeño. Trasladóse a Gibraltar, desde donde realizó dos tentativas revolucionarias. La primera a la cabeza de unos veinte hombres, en la noche del 28 al 29 de enero de 1831, desembarcando en la playa de Algeciras, en el punto denominado Aguada Inglesa. No tuvieron fortuna con esta primera expedición, pues las tropas del

gobierno les hicieron frente y tras una lucha de corta duración, pero sangrienta para los revolucionarios, Torrijos comprendió que el golpe se había dado en vano, y no sin grandes peligros logró embarcarse, merced a su arrojo, y consiguió regresar a Gibraltar.

Era ya el único desterrado digno de temor para el gobierno de Madrid. Incapaces de reducirlo con las armas nobles, temiendo a cada momento su acción tenaz e intrépida, conociendo su valentía y su entusiasmo, se apeló ruinmente a la traición para vencerlo. El plan que hizo caer al desgraciado Torrijos y a sus no menos abnegados e infelices compañeros, en la sangrienta emboscada que acabó con el fusilamiento del general rebelde y 53 de sus compañeros, se atribuye a la terrible y siniestra sociedad «El Angel Exterminador».

El plan que se llevó a efecto con triste éxito, fue el siguiente: un coronel de Málaga ganó la confianza de un amigo del expatriado y le hizo creer que toda la guarnición de Málaga seguiría al primer hombre de prestigio que se sublevara a favor de la libertad. El engañado amigo de Torrijos, escribió a éste, y el traidor coronel, pretextando asuntos particulares, dirigióse a Gibraltar, de acuerdo con el general Vicente González Moreno, gobernador militar de Málaga, que ha pasado a la historia con el nombre de «verdugo de Málaga».

Torrijos coyó en la emboscada. El coronel entrevistóse con él en Gibraltar y los dos convinieron, de común acuerdo, que el primero desembarcase con los suyos en las Ventas Mismilianas, y en Málaga se dieron órdenes a los buques guardacostas para que los tan miserablemente engañados no pudieran escapar.

En la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre de 1831, salieron de Gibraltar, en dos pequeños y malos barcos, Torrijos y otros sesenta hombres, muchos de ellos antiguos jefes y oficiales del ejército español.

No quiso Torrijos llevar más gente, creyendo firmemente, como no dejaban lugar a dudas las afirmaciones del innoble coronel, que podía contar con toda la guarnición de Málaga y que la sola presencia de Torrijos, gracias a su prestigio militar y civil, levantaría en armas a favor de la constitución y contra el absolutismo inquisitorial de Fernando y su negra camarilla, a toda la nación española.

Antes de desembarcar los expedicionarios, fueron perseguidos por el guardacostas «Neptuno», siendo blanco de algunos disparos antes de llegar a tierra, circunstancia que les obligó a desembarcar precipitadamente en la Fuengirola, por haber ya embarrancado antes de llegar a Málaga.

Contando siempre Torrijos con la guarnición de esta última ciudad, pero pensando que los carabineros de la costa no conocerían el complot, se estableció con los suyos en la alquería del conde de Moina y, agitando una bandera tricolor, comenzó a dar vivas a la libertad para llamar la atención de los de Málaga.

González Moreno, que estaba en las Ventas Mismilianas, esperando con un cuerpo de ejército el desembarco de los desdichados conspiradores, al ser inmediatamente avisado de que los guardacostas habían hecho desembarcar a Torrijos y los suyos en la Fuengirola, corrió a la alquería y estableció en ella un bloqueo. Cinco días se resistieron en ella los liberales, desesperados y rabiosos por el engaño de que habían sido víctimas.

Al fin, extenuados, agotadas las provisiones, Torrijos pidió a Moreno una entrevista, en la que halló inexorable a su verdugo. Rindióse, sin otra solución, con todos los suyos. González Moreno avisó a Calomarde y a Fernando VII y éstos, satisfechos del éxito del infame engaño, dieron órdenes de que se castigara inmediatamente a los prisioneros. Conducidos a Málaga los liberales, a los pocos días, sin que mediara juicio alguno, por orden feroz y expresa del rey siniestro y su ministro, fueron fusilados Torrijos y cincuenta y

tres desdichados más. Entre ellos había un súbdito inglés.

El fusilamiento de Torrijos se ejecutó a las once de la mañana. Torrijos, en el acto de la ejecución demostró un valor y tranquilidad de ánimo tan extraordinarios que asombró a sus mismos verdugos. Modelo de cartas, por su ternura, su entereza y su serenidad, es la que escribió a su pobre esposa una hora antes de la ejecución.

El premio de esta infamia fue para Moreno la capitania general de Granada. Sin embargo, en esta ocasión no mintió el adagio de que «quien a hierro mata a hierro muere». González Moreno, el verdugo de Málaga y de Torrijos, se pasó al campo carlista y al fin acabó asesinado horriblemente por los suyos.

La España de entonces celebró con gran regocijo la muerte del infeliz Torrijos y de los liberales que le acompañaban. Bonet y Orbe, obispo de Málaga, festejó el fusilamiento del noble constitucionalista con un gran banquete, que adquirió proporciones de orgía, digna de los festines babilónicos.

La figura de Torrijos, ennoblecida y engrandecida por su trágico fin, es una de las que honran la historia española. La tiranía, con su alevo asesinato, no consiguió por eso retrasar el advenimiento de la idea liberal de su tiempo.

MICROCULTURA

1182. — Su biblioteca está incompleta si en ella falta la hermosa obra del profesor Jorge Hess: «¿Sabe usted Esperanto?» (Curso práctico de la lengua internacional, Liga Argentina de Esperanto, Castelli 265, Buenos Aires, Argentina).

1183. — Se llama «hemiatrofia» a la atrofia de la mitad de una región del alfabeto para ciegos.

1185. — La «epifilia» es cierta enfermedad de las plantas, de carácter epidémico.

1186. — Se acentúan todas las palabras agudas que terminan en vocal (café) o en consonantes «n» (camión) y «s» (Andrés).

1187. — Júpiter tarda 11 años y 86 días en su movimiento de traslación alrededor del Sol.

1188. — La «hemorrea» es un flujo de sangre muy abundante.

1189. — Se acentúan todas las palabras llanas que terminan en consonante, excepto «n» y «s» o en vocal: mármol, azúcar, etc.

1191. — Se dice que una voz es «estentórea» cuando es extraordinariamente fuerte o retumbante, pudiendo oírse a bastante distancia.

1192. — Se ha inventado un excelente motor a gas que refrigerará las casas de las zonas tórridas en los próximos veranos.

1193. — En Rodhesia y Nyasa (Africa central) hubo en marzo de 1959 grandes masacres de nativos negros efectuadas por los bárbaros colonialistas británicos.

1194. — En el hospital Peter Bent Brigham de Boston, se han hecho hasta la fecha siete operaciones felices de trasplantes de riñones.

1195. — Todas las palabras esdrújulas se acentúan: sábado, único, relámpago, etc.

1196. — La más potente estación astrofísica del hemisferio austral fue instalada (1959) en los Andes chilenos.

1197. — El 14 de marzo de 1648 falleció en Soria el poeta Gabriel Téllez (Tirso de Molina), el famoso autor de «El Burlador de Sevilla».

1198. — En 1868 nació en Nizhni Novgorov, el gran escritor ruso Alejo Maximovitch Pechkov (Máximo Gorki), autor de numerosas obras universales.

1199. — La palabra «estentórea» viene del nombre de un heraldo griego en el sitio de Troya, llamado Esténtor, cuya voz era tan fuerte que era utilizado para transmitir mensajes a cierta distancia.

2000. — En 1877 murió en Southhampton, Inglaterra, Juan Manuel de Rosas, execrable tirano argentino que tiranizó a su país bajo un baño de sangre y pretendió erigirse en amo de los países del Río de la Plata.

FIN

SUNO

El jesuíta y Pérez Galdós

FUE Pérez Galdós el literato español que con mayor brío atacó lo que hoy prevalece en España. Si no me equivoco, y me parece que no, llegóse incluso a « sabotear » la producción galdosiana, obedeciendo a una consigna jesuítica. Don Benito Pérez Galdós era estas dos cosas: anticlerical y ateo. Sentimiento exterior e interior, partes de un todo antireligioso. Ahí están sus obras, sus imperecederas obras — historia, novela y teatro — fiel reflejo de una conciencia libre. Produjose contra el beaterio mojigato (« Doña Perfecta »), contra la cerril intransigencia (« Casandra »), contra los estupefacientes del espíritu (« Electra »). Galdós combatió la religión como vicio: el que en esta esfera puede mantenerlo consume haschisch, el que nó toma rapé. La religión tiene iglesias y el opio fumaderos.

Siendo los jesuitas la nata y flor de las órdenes religiosas, A.M.D.G., la Congregación de San Luis Gonzaga necesariamente había de apoyarse en los señoritos. El jesuíta no es el pobre, el misero fraile piojoso, ni el orondo mesocrático que por abogada tiene la Sopa Boba, ni el que a la pelota y al barrón compite con los mozos seglares: el fraile casi civil, despreciador de los frailes y a su vez despreciado por ellos. Se llama lo suyo Compañía de Jesús porque Jesús rinde más provecho que Judas: lo de Compañía es un acierto.

El jesuitismo es un peritaje que se adquiere en Loyola (Guipúzcoa), patria chica de Iñigo. Estuvo en Roma, y lo mismo que el navarro Javier, su ayudante. El proyecto de esta negra milicia fraguóse en Monte Cassino, hoy una escombrera. «A decir verdad — escribe Voltaire —, el fundador de los jesuitas no fue recibido con tanta complacencia como lo fue San Benito cuando llegó a Montecassino y San Martín le cedió el sitio que ocupaba y se retiró a Mont Marisque.» Aunque trazó las líneas generales de la institución y dejó dicho que cada miembro de la misma fuese como

un cadáver en manos de sus superiores, los Padres han rebasado a San Ignacio, al rudo San Ignacio, patrón de los pesos pesados. El jesuíta tiene algo de la boa — símbolo del saber y de la prudencia — alta jerarquía de los reptiles. La sonrisa jesuítica corresponde al ocultismo, cosa tan hermética e ignorada como la fórmula del «chartreuse», de otros reverendos.

Los « luises » son aprendices de jesuíta, aunque no hayan de ordenarse, por más que no tomen el ceñidor, sin necesidad de tocarse con el bonete hacia la nuca. Pulgares de escultor tiene los Padres, especializados en la modelación de señoritos. Mucho barniz, mucha goma laca. En las aulas, cartagineses unos y romanos otros: brigadieres, cuestores de pobres, ediles de juego... Juventud áptera (de cortarles las alas se encargan ellos), como en las páginas de « Sebastián Roch » se manifiesta. Sin embargo, no todo es amputar a cerén: el señorito colegial necesita de sus atributos para dejar preñada a la criada.

San Luis Gonzaga, patrón de los jesuitas, nació en Castiglione (Italia) y murió a los veintitrés años, hecha renuncia de su título de marqués. Reinando Carlos III fueron expulsados de España.

Bravamente luchó contra la reacción el autor de « Fortunata y Jacinta ». El ateísmo y el anticlericalismo galdosianos dieron mucho juego allá por el novecientos. Removió la conciencia antirreligiosa con el estreno de « Electra ». Dos tipos contrapuestos, el odioso Pantoja, encarnación del jesuitismo, y el simpático Máximo, de cara a la luz y a la libertad. La obra se hizo en todos los teatros de España, y después de cada acto el público pedía a grito vivo la Marsellesa, el Trágala y el Himno de Riego. Incidentes graves produjéronse entonces. Era el despertar de la conciencia anticlerical y atea. Y Galdós el portaestandarte de esta conciencia y la cabeza visible de este movimiento.

PUYOL



Parábolas de Han Ryner

NO ME ESCUCHES SI PUEDES, ESCUCHATE

«Desgraciado, que buscas siempre fuera de ti la causa de tu verdad.»

DEMASIADO sé por qué te batías. Los tres últimos años, y quizás por más tiempo aún, tú te batías únicamente por fuerza, porque a ello estabas obligado materialmente. Lo sé, porque me lo dijiste. Y aunque no me lo hubieras dicho, también lo sabría. Los periodistas, los cancilleres y los ministros, los presidentes, los zares y los kaisers, los « intelectuales » bien disciplinados y los generales, todos los que no se baten o se baten con tu cuerpo y no con el suyo, te explicaron, gentil y elocuentemente, por qué tú te batías. Durante los primeros meses, repetías con la más ingenua y lamentable convicción, las idioteces que te decían, esos comediantes, con un acento sabiamente convencido.

Muchos defectos tienes tú, hermano, y tu sufrimiento no debe hacérmelos olvidar, verdaderas causas de tu sufrimiento, que están en ti. Claro, tu sufrimiento es injusto, haces bien en quejarte, cuando nos damos cuenta de quiénes son los que exteriormente te imponen ese sufrimiento. Pero, si no los hubiera escuchado... Si hubieras ensayado de escucharte a ti mismo... Recuerdo que llorabas al despedirte abrazando a tu mujer y a tus hijos. ¿Por qué, entonces, una hora después, cantabas en el tren con toda tu voz? ¿Acaso no era para no arriesgarte a oírte? ¿Por qué escribías en el vagón, en un idioma que yo ignoro: «Tren directo para París»; en un idioma que yo conozco: «Tren directo para Berlín»? ¿Qué es lo que tú querías hacer, tú de quien ignoro la lengua, en nuestro París? ¿Qué querías hacer tú, de quien conozco el idioma, en su Berlín?... ¿Por qué repetías esas grandes palabras que son nobles cuando salen del corazón, que son infames cuando los periodistas y los gobernantes te las dicen por cálculo, que ensordecen y enloquecen cuando, en lugar de decir las como surge un manantial, se las repite?

¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué?

Al lado del crimen de no respetar a todos los hombres, has cometido el crimen de honrar particularmente a ciertos hombres por otras razones que no vienen ni de tu humanidad, ni de tu corazón, ni de tu razón. ¿Qué es lo que digo? Ha sido tu tontería la que ha escogido para envolver con tu admiración, con tu veneración y, ¡por desgracia!, con tu obediencia, los menos hombres entre los hombres, ésos en que la función ha devorado toda humanidad. ¿Y a ésos llamas tú hombres? Sí, tal vez, cuando sufren en su carne. Sí, yo arrancaría la espina hundida en el mismo dedo de un kaiser o de un zar. Pero cuando eso habla, no es nada más que un kaiser, o un zar, o un rey, o un

presidente, o un oficial: el hombre ha desaparecido en ellos.

Para ser un hombre cuando se habla, hay que ser el portavoz de una conciencia. ¿Es que pueden tener una conciencia, un periodista o un gobernante, que mendigan los fondos secretos o las grandes ganancias? ¿Es que todo el que habla de disciplina no confiesa el carecer de conciencia?

¿Has leído al mejor de los gobernantes? No, no lo has leído. Pero conoces vagamente su nombre. Se llamaba Marco Aurelio. Y decía más o menos: «Como hombre y como filósofo condeno la guerra». Añadiendo más o menos, el infeliz: «Pero siendo emperador, tengo otros deberes». Y se iba a matar a los Cuados y Marcomanos, esos «enemigos del exterior», como se te ha enseñado a decir. También mataba a los cristianos, porque no pensaban como él y porque su pensamiento le parecía temible para el Imperio, porque no eran, como se te ha enseñado a decir, los «enemigos del interior». Hombre y filósofo, tenía una conciencia. Emperador, se imponía el extraño deber de enmudecerla. A veces, empujaba su celo patriótico hasta bromear de la filosofía, es decir, de su corazón, su razón y su conciencia: «¡Qué mezquinos políticos, esos enanos que pretenden arreglar todos los asuntos, según los principios de la filosofía! Son niños a los que hay que limpiar las narices con un pañuelo». Pero a pesar del estruendo de bromas y burlas con el que envolvía a sus voces interiores, no podía enmudecerlas. Por eso era profundamente desgraciado. Terminó por resolver el problema de una manera poco elegante, dejándose morir de hambre. Sin embargo, tu padre lejano, aunque fuera cristiano, obedecía a ese Marco Aurelio, cuando contra su conciencia, éste último mandaba matar a Cuados, Marcomanos y Sarmatas. Es que tu lejano padre, aunque fuera cristiano, en vez de interrogar su propia conciencia, escuchaba a los obispos y al emperador. Es que un tal Pablo, falseando la palabra de la conciencia y el verbo de Jesús, se había atrevido a proclamar, ¡el cobarde!, que «todo poder procede de Dios». Y tu lejano padre creía en la infame palabra de dicho Pablo.

Yo no sé si hay un Dios justo y bueno. Si hay uno, por cierto, ningún poder político debe venir de él, y, como decía Jesús: es Satán el que, disfrazado con diversas máscaras, es el príncipe de este mundo. Si hay un Dios que nos habla, no es por las bocas, es interiormente, por la conciencia. Pero tú prefieres escuchar a los sacerdotes, a los pastores religiosos, a los ministros, a los generales. Crees tal vez que Jesús era dios, y a pesar de una de sus palabras que tú debieras haber oído en ti, aunque nadie la hubiese pronunciado jamás, juzgas a los árboles según su posición y no según sus frutos. Comes confiado el fruto que te parece

venir de lo alto. Fruto que siempre está envenenado.

Esa mentira que permite a un hombre el atribuirse el derecho de mandar cuando tú has pasado la edad infantil de obedecer. ¿Crees tú que acaso pueda sostenerse si no es por innumerables mentiras? Obedecer, puesto que es olvidar el escuchar a tu propia conciencia, representa siempre un crimen. Crimen que te aplasta y que, sin cesar, cometes a través de los siglos.

¡Tú te has batido! ¡Tú te has matado, desgraciado!, porque obedecías. Por que durante todos los periodos pacifistas y al comienzo de cada guerra, te crees en el deber de obedecer. Cuando los horrores y los sufrimientos de una guerra que se prolonga, te hacen dudar de ese absurdo deber, te sientes encajado en la necesidad material de obedecer. Pero, ¿la trampa en que has caído y de la que no puedes salir, ¿quién si no tú, la ha construido?

¿Es qué acaso comienzas, en un dolor interminable, a forjarte una conciencia propia?

No lo creo.

Ahora maldices la guerra. Pero la maldices, porque sufres sus consecuencias, no porque te ha arrastrado haciendo sufrir a tus hermanos. ¡Va!, aún no puedo amarte más que con piedad.

Desde hace un tiempo tú ya no crees en ninguna de las razones para batirte, que al principio siempre repetías. No obstante, hasta el fin, has continuado batiéndote.

Te quejas por el modo en que te han mutilado tus jefes, te han martirizado y te han saqueado. Pero tu servidumbre, por tanto tiempo, fue voluntaria...

Aun ahora, tú aún no te has liberado, ni siquiera en tu corazón. ¿Lo estarás alguna vez, tú, el hombre vulgar, el hombre de la muchedumbre?

Deja que de tí me aparte. Nada puede mi piedad por tí. Te hablo porque te amo. Pero sé cuán

inútil es hablarte a veces, y del peligro de hablarte. Si, por desgracia, mi voz te agradara, me escucharías como has escuchado a otros, en vez de comprender que lo que mi amor quiere de tí es que te escuches. Las cosas buenas que yo te digo podrían hacerte cumplir viles gestos. Porque te digo cuán odiosos e indignos de ser escuchados son tus jefes, si tú me escucharas demasiado, tú que eres incapaz de oírme con el corazón profundo, tal vez golpearías a tus jefes. Por consiguiente, si supieras escucharte, tu conciencia, luego de los inciertos balbuceos del niño que poco a poco se libera, te diría, frente a los que no serían tus jefes como frente a los que se llaman tus enemigos : « ¡ No matarás ! »

Si debes seguir siendo incapaz de escucharte a tí mismo, escucha a no importa quién. Pero no me escuches a mí. Que tus locuras sean hijas de otras locuras, no de mi sabiduría. Me agradaría más que, por culpa de otros, sigas siendo un esclavo y hasta un guerrero, en vez de, por mi culpa, te volvieras un hombre violento.

Sólo puedo en este caso callarme ante tí y llorar por tí, pobre ciego cuyos ojos no se abrirán nunca, desgraciado que buscas siempre fuera de tí la causa de tu mal, que crees siempre que tu mal puede arreglarse por gestos dirigidos hacia el exterior. Debo callarme ante tí y llorar por tí, violento incurable.

No me escuches. Si comprendieras la mitad de lo que te digo, la locura violenta te vendría de nuevo. Tus golpes solamente cambiarían de dirección. Esta vez, creyendo sáter por qué te bates, golpearías aún más fuerte. No me escuches. Porque yo soy enemigo de todas las tiranías y de la violencia organizada, tú te volverías sin duda el amigo de la violencia caótica y tú serías aún un civil más violento que el mismo soldado que antes eras.

Selección de W. MUNOZ



CHISPAS

CREO que a pesar de todo es un buen servicio. De vez en cuando nos hace una «mala pasada», pero no se repite mucho, de manera que se puede soportar y aún es digno de elogio, por el bien supremo que nos hace cuando nos entrega noticias directas de los seres que estimamos de todo corazón.

CROQUIS DE RELGIS

Por fin, luego de 15 largos años de estadia en su refugio de Montevideo, Eugen Relgis, el «jornalero de las ideas» — junto con su compañera — ha podido viajar con rumbo a su «querida y vieja» Europa. Nos satisface la noticia, porque, sin duda, este viaje le proporcionará material objetivo para entregarnos a su regreso, un nuevo libro de impresiones viajeras. Es lo menos que puede esperarse de quien, en poco más de diez años, ha publicado en América, una treintena de volúmenes amenos, profundos vibrantes y pacificadores, en el verdadero sentido de la palabra.

¿OMNIPOTENCIA?

Es una verdadera aberración que después de las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, aparte los 50 megatones del kamarada Krushev, el «santo padre» de Roma, continúe bendiciendo y proclamando como necesario, el aniversario del «nacimiento del cordero de Belén».

AMOR Y LIBERTAD MUY ESPECIALES

El «amor» vaticanista es lo más cínico y notablemente conocido; tan sólo se compara con la «libertad» ofrecida en la punta de las bayonetas estatales.

NO HAY PROGRESO EN LA MALDAD

Los trabajadores y las mayorías, aterrorizadas y dominadas por todos los vicios propagados en las radios, la literatura ofi-

cial, el cine, etc., siguen tras del carro del Estado y del Capitalismo, al parecer satisfechos de su esclavitud sin nombre. Han pasado ya el Rubicón que divide nuestro mundo del de la antigua Roma imperial, y, de seguir así, retrocederemos más aún.

LA CULPA

Quien tiene la conciencia tranquila y hace todo lo posible por evitar el caos colectivo, no tiene porqué sufrir culpas ajenas.

Y EL REMEDIO

El éxito obtenido por el XI Congreso de la A.I.T., demuestra que no todo está perdido, no obstante el empeño que algunos po-

nen en darla por fenecida, especialmente los líderes y liderillos del sindicalismo legalista. De nuestro tesón depende que la gloriosa A.I.T., continúe consecuente con los principios y finalidades que le dieron vida e historial.

..

Algunos desearían poder copiar las tácticas peculiares a toda secta política o religiosa: Predicar y no dar trigo, decir una cosa y hacer otra completamente distinta.

Hay que demostrar el movimiento andando y las ideas con los hechos. Lo contrario no vale y es jugar sucio.

COSMOS

La riqueza

¡Oh, riqueza! Tú no dices más verdad que la mentira; porque tú también eres aquella por quien claudica el juicio, la ley enmudece, la sabiduría es hollada, la prudencia encerrada y la verdad envilecida; unas veces te haces compañera de embusteros e ignorantes, otras favoreces con el brazo de la suerte la demencia, cuando enciendes y cautivas los ánimos a los placeres, cuando administras a la violencia, cuando resistes a la justicia; y, después de todo, a quien te posee no menos le ocasionas fastidio que alegría, fealdad que belleza, deformidad que ornamento; y no eres aquella que concluye con el fastidio y la miseria, sino que los cambias en otra especie, de modo, que en la apariencia eres buena, pero en realidad eres muy malvada; en apariencia eres estimable, pero de cierto eres vil; al parecer eres útil, pero en efecto eres pernicioso atendiendo a que cuando por tu magisterio has investido de ti... a algún perverso —pues de ordinario siempre te veo en casa de los malvados, y rara vez entre los hombres de bien— has excluido la verdad de las ciudades, arrojándola a los desiertos, has roto las piernas a la prudencia, has hecho avergonzarse a la sabiduría, has cerrado la boca a la ley, no has hecho tener valor al juicio: todo, todo lo has envilecido.

GIORDANO BRUNO

Termonucleación rústica

AS Revoluciones son como el Sol, novio siempre joven de la Naturaleza a la beneficencia de cuyos rayos fecundos, ni charcas ni estercoleros escapan. Aun vendidas y acogotadas por la cien veces negra reacción de hisopos y de charrascos, las Revoluciones legislan soberanamente aun para los que repudian su amor; y son la brújula conductora de la Humanidad navegante. Ejemplo: nuestro 19 de julio de 1936. Trazó esta fecha gloriosa una ruta redentriz del jornalero desheredado; a quien se le impidió a machete seguirla, por los resistentes tradicionales al progreso de la Especie, que son una barredora al vacío de la pública vergüenza. Y ahora, hasta el capitalismo agrario (terrateniente y arvidetentadores) ven su sola salvación en nuestras ideas y en nuestras fórmulas. ¿Qué es, en efecto, lo que el Estado propugna hoy, para que los hambrientos, con las tripas ya en los zapatos, no se lo coman a él y a sus instituciones malélicas? Pues la concentración parcelaria. O sea: la abolición del parvifundio y la recogida de velas en el fraccionamiento de la fincabilidad. Implícitamente, la anulación de la propiedad privada — sobre todo de sentido común — de la tierra. La microdivisión, la lotificación y la trituración del latifundio han fracasado, como el latifundio mismo. El propietario minúsculo — con las excepciones de rigor — casi es tan miserable, ratero y retrocesivo como el mayúsculo. Engancha al arado, en yunta con un mulo, a su mujer. No deja fumar e ir al café los domingos a jugar una partida de «belote» a sus hijos. Se explota sanguinariamente a sí propio. Trabaja como una bestia, con sus pequeños, de sol a sol. No come por ahorrar unos ochavos invalores, con que se paga fusiles, aviones de propulsarle a chorro a la desesperación y otras armas asesinas. Le estorba lo negro y no conoce alfa de otras betas, que las de sus huaraches. Y en cuanto tiene dos vacas y un corral con cuatro pollos tísicos, va a misa a arrodillarse ante un fantoche, y vota a la conserva de entrañas enlatadas. La producción minifundista es, por un vagón de razones, insatisfactoria: pone en reverse el « jeep », en que dando tumbos viajamos; pisa el pedal del freno de ese armatoste, en vez del acelerador. Requiere tan mezquina técnica, esfuerzo impropio y jadeo inaudito. Agota el suelo, no remineralizándolo. Se deshumaniza, por paradoja, al deshumanizarse. Los rendimientos son habas contadas, por exiguos, para el rentero. El magnifundio, por su parte, es-

tá históricamente sentenciado y condenado a se-de-electrificación por su incivildad verga y su brutal avorazamiento, por espoliador y hambreador de espaldas mojadas y de braceros decaídos, a quienes ni el famoso Punto IV salva. Dicho garrote patibular somete a régimen concentracionario el terruño, pero en beneficio sólo de un magnate, que es un Gran Turco, con su harem y todo, y que piensa menos que el cubo de un carro. Enriquecerá a un multiteniente, a una empresa, a un trust; pero al grueso de los nacidos nos relega a una inopia gusarapa y un arrastre de gusanos. El sistema de las chacras argentinas y de las « fazendas » del Brasil, abrasa también cuanto alcanza; y, por eso, lo proscribiste hasta la media onza de seso de un ratón. Lo desecha la sensatez agrícola, con ingenieros, peritos, caporales, manijeros y toda la pesca. No son, pues, tres o

por Angel Samblancat

cuatro elefantiasis de rancho en cada pueblo, lo que se necesita, sino una sola hacienda en él; una gran granja avícola, ganadera y lechera única, una cabaña pastora de común pro y nada más. Pero, el ómnium o todo de que hablamos, ha de ser propiedad indivisa y nuda de la población laborante entera. Ha de estar cultivando colectivamente, y no a golpe de guitarra y de bota, por cierto. No lo han de administrar campesinos nylon, que no distinguen un camote o un zapote de una chirimoya, y que van con sombrilla a la torre, para que no los moleste el calor. Ha de disfrutar, en fin, de la expresada parafernalia el laborariado vecinal de cada municipio, federado y confederado con sus similares, para utilidad mutua. Toda otra suerte de concentración de parcelas es monopolística; es señorial, latipredial y feudal; criminal, por tanto. Nos vuelve a la propiedad romana hasta el abuso y gótica o del derecho de pernada y de pernalada; al huerto de los frailes, que engorda priores y anemia legos y laicos; al cortijo de los toreros, especialmente de toda obligación y sanción; a la dehesa andaluza, para repasto de reses bravas; al vedado de caza ducal, a que van a correr juergas, con venadas y regazón de manzanilla, los señoritos y los landlores sin madre.

«... les había enseñado también por sus buenas maneras, buenas maneras, y por su repugnancia a la explotación, repugnancia, invencible, a la explotación.»

ERASE un hombre honrado, perdido en ciudad donde la honradez, como otras muchas cosas semejantes, parecía anticuada.

Artesano pulcro, dueño de una imprentita, no admitía más trabajo del que podía hacer con ayuda de un aprendiz, siempre como su hijo. En raras ocasiones, para atender urgencias de algún cliente, tomaba un oficial: partía con él, al fin de la semana, los ingresos. En perjuicio propio: porque de su parte, igual a la del oficial, tenía que pagar alquiler y contribuciones. Le era preferible esa pérdida que ser juzgado explotador. No quería llevar a su boca pedazo de pan por él no ganado.

«Honrado, sí — decían sus vecinos —, pero un poco simple. Con el aprecio en que se le tiene, ganaría cuanto dinero quisiera. El trabajo llovería sobre su imprenta, y él, que ya va para viejo, podría descansar. Y dejar a sus hijos una situación. No piensa en ellos. Cree que saldrán adelante, como él. Por honrado perjudica a su familia. No se es buen padre, al cabo, con la honradez.

Sus hijos se hacían eco de esas habladurías y, sin desear su muerte, esperaban que muriera para entrar en posesión de la imprenta y transformarla. No iban los clientes a abandonarles. Les llevarían trabajo que ahora llevaban a otras imprentas cuyos dueños no ignoraban qué tenían entre manos.

Les había enseñado el padre el oficio, y no trabajaban con el padre. Cosa nunca vista. Ni del trabajo de ellos, para quienes al fin habría sido el provecho, había querido aprovecharse. No le habían perdido el respeto, ni le guardaban rencor, pero le juzgaban lejos de la realidad. Y sin el afecto, desbordante, que les prodigaba, acaso se habrían separado para siempre de él.

Todos los aprendices que habían desfilado por la imprenta guardaban recuerdo delicioso del aprendizaje. Sin las diferencias, notables, de edad, habría cuajado el propósito de uno de ellos, que nunca dejó de visitar a su maestro, para él venerable: quiso formar una sociedad de antiguos aprendices del impresor, seguro de que todos, como él, serían hombres un poco diferentes de los demás, gracias a la influencia de maestro con tan pocos comparable. No se había contentado éste con ponerles en las manos un oficio: les había enseñado también, por su buenas maneras, buenas maneras, y por su repugnancia a la explotación, repugnancia, invencible, a la explotación.

La política vino a sacar al hombre honrado de su vida apacible. Un partido popular, enemigo del régimen imperante, había logrado, por el juego tan pocas veces limpio de la política, la mayoría en el municipio de la ciudad. Y entrados los nuevos concejales en el municipio como dueños, habían hecho mangas y capirotos de bienes públicos y privados. Ni uno de ellos había dejado de meter en su bolsillo cuanto le vino al alcance. Nadie dudaba

Nuevas versiones

por Denis

EL

que siempre había sido así. Pero nunca lo fue con tanto escándalo. No se hablaba, dondequiera, sino de los cambios de fortuna, visible, de los concejales des partido popular.

Era imposible que este partido, al llegar nuevas elecciones, pretendiera la reelección de sus miembros: ni aun desterrando de sus listas de candidatos a los concejales salientes. Ideó una estratagema —precursor de partido, también popular, todavía por nacer— para seguir disfrutando lo ya disfrutado: buscar por toda la ciudad hombres de moral irreproachable, y enfrentarlos con los del partido, defensor del régimen existente, ante el que su derrota era segura. Aquellos hombres, indudablemente, serían manejables. Sólo se trataba de que nadie advirtiera quién los oponía a los satisfechos con el régimen.

No lo advirtieron, naturalmente, y con eso bastaba, la mayor parte de los votantes. Pocos vieron, aunque los satisfechos con el régimen no dejaron de decirlo, quién había tras la candidatura de los hombres honrados, que así se la llamó. En aquella ocasión, para la mayoría de los votantes, los satisfechos con el régimen pasaron por calumniadores.

Fue tarea difícil, aunque la ciudad no era pequeña, encontrar hombres suficientes, de mora' acrisolada, para llenar la candidatura. Se llenó, tras penosísimo esfuerzo, y su triunfo fue total. El partido defensor del régimen existente quedó una vez más en minoría. Sin saber qué hacían, los vo-

LA RELIGION

— el amor a la ética ideal y el deseo de realizar este ideal en la vida.

HUXLEY.

..

— el comercio de la Tierra con el Cielo.

R. COLLARD.

..

— el conjunto de las ilusiones y de las creencias que el hombre se ha formado a propósito de lo sobrenatural.

FUERBACH.

..

— lo que el hombre cree y tiene en el corazón y reconoce por cierto en sus relaciones esenciales con el universo misterioso.

CARLYLE.

..

— el movimiento poderoso que dirige las emociones y los deseos hacia un objeto ideal cuya

CONCEJAL

tantes daban fe de un estado de ánimo que prueba salud espiritual. Nunca fue ésta más baja que cuando el régimen existente, cualquiera que sea, es aceptado. Aunque su no aceptación, por el voto, sea insignificante, revela que la madera para construir cosa distinta está ahí. Aunque se construya con ella la misma cosa, o cosa peor.

A la cabeza de la candidatura de hombres honrados figuraba el impresor. Nadie habría podido disputarle aquel puesto, ni en una farsa, como la de que se trataba. No era él el farsante, ni los que con él formaban la candidatura. Se les había ido a sacar de su vida retirada, y a algunos, entre los que se contaba él mismo, ni habían sido consultados. Y todas sus protestas, cuando se vieron lanzados a la curiosidad pública, fueron vanas. Hacía falta una administración honesta de los bienes del municipio. Si las personas honestas se negaban a ir a él, ¿cómo había de ser honesta aquella administración?

Concejal ya, el impresor empezó a recibir visitas sospechosas. Ni sabía, ni quería saber de qué sus visitantes le hablaban. Haría, en el municipio, lo que juzgara honesto. Y cuando le asaltaran dudas sobre si una cosa era o no honesta, consultaría a sus compañeros, hombres honrados como él, a nadie más. Tal vez se habían equivocado los patrocinadores ocultos de la candidatura. Tal vez los hombres honrados no eran tan manejables como habían supuesto. No querían creerlo. Esperaban, es-

ES...

excelencia suprema y la justa superioridad sobre los demás objetos egoístas del deseo se reconocen.

MILL.

— el respeto de la humanidad idealizada y adorada por sí misma bajo el nombre de Dios.

PROUDHON.

— la protesta del alma humana contra las injusticias del mundo.

NEGRI.

— el sostén de todo lo que sufre contra todo lo que domina sobre la tierra.

P. LEROUX.

— el opio del pueblo.

LENIN.

peraban. El tiempo traería lo por ellos descontado.

El primer día que el nuevo municipio se reunió, tuvo que discutir innumerables asuntos, dejados pendientes por el anterior. Entre otros, una concepción, pedida por sociedad de altos vuelos, para reformar la ciudad. Todo estaba mal en la ciudad. Todo estaría después bien. Se harían plazas, y paseos; se levantarían jardines, y se levantarían monumentos; se derribarían barrios insalubres, y se construirían edificios majestuosos. Los turistas acudirían más tarde, en muchedumbre, a contemplar la ciudad de tal modo transformada. ¿Cómo rechazar petición tan razonable? La había discutido, durante sesiones y sesiones, el municipio saliente. Defendida por los concejales de súbito enriquecidos, éstos no habían logrado, por quedarse solos a la hora de votar, ponerla a votación. Los hombres honrados no tuvieron palabras para defender lo que tan razonable les parecía. Se contentaron con votarlo. Sorpresa, ya tarde, para la minoría, que se habría retirado de la votación, como en el municipio anterior, si hubiera sospechado el resultado. Quería, sin duda, que lo conseguido fuera a parar a otras manos. a alguna otra sociedad de altos vuelos, menos apresurada que la protegida por el partido popular, o protectora del partido popular, o protegida y protectora al mismo tiempo.

Vuelto el impresor, la concesión ya votada, a su despacho de concejal, encontró sobre la mesa un sobre cerrado, dirigido a él. Lo abrió. Ni una palabra: unos cuantos billetes, más que había tenido jamás en su poder. Enrojeció y, con los billetes en las manos, corrió al despacho de su vecino. También su vecino había encontrado, sobre la mesa, un sobre cerrado, cantidad pareja.

—Voy a devolver estos billetes ahora mismo—dijo el impresor.

—¿A quién?—le preguntó su vecino.

—A la sociedad cuya petición hemos votado. Deben proceder de ella.

—Te dirán que no es así, que no saben de qué hablas. Y si insistes, acaso te lleven a los tribunales, por calumnia.

—Los daré para cualquier suscripción de las que hay abiertas.

—Mal paso, mal paso. No faltará quien diga, con apariencia de razón, que apenas entrado en el municipio, ya tienes dinero para dar.

—¿Qué hacer, pues quedarme este dinero?

—Tal vez no haya otra solución. Tal vez tengamos, contra nuestra voluntad, que quedárnoslo.

—¡Imposible, imposible! No me atrevería a dar un paso por la calle con él.

Entró en este momento en el despacho, para felicitarle por su voto, uno de los concejales salientes. Le explicó el impresor, indignado, lo de los billetes, esgrimiéndolos como un arma.

Rió el concejal saliente, y comentó:

—Son unos ladrones. ¡Cómo se aprovechan de vuestra inocencia!

Y tras un corto silencio, no interrumpido ni por el impresor, tal era su sorpresa, terminó:

—A mí, me habrían tenido que dejar, por lo menos, la mitad más.

LA VERDAD

La verdad está por encima de su propio nombre: no se vende a quien la adula, sino a quien la vive; esquivada con matemática precisión todo movimiento humano que no la defina en el gesto, en la actitud, como ley inmutable, propicia al hombre que la ajusta a sus pasos.

La verdad se nos escapa, enemistada, cuando tratamos de insinuarle que patrocine nuestros errores. Si, lejos de ella, nos postramos ante la forma que le damos a su nombre, en imágenes de barro o en teorías religiosas, no hacemos otra cosa que justificar vanamente, con su ausencia, nuestro error. Entonces ronda la confusión en torno nuestro.

En un acto de Verdad hay siempre un sacrificio personal. La adoración del sacrificio ajeno, aunque sea el de la cruz, es una ponzoñosa mentira propicia a las religiones.

La eternidad de la Verdad se especifica en calidad más que en el tiempo; pero el tiempo le da, con su augusta medida, la razón de su fruto.

Quien diga que ama a la Verdad, que se muestre en combate contra sus propios intereses.

La Verdad es liberal. Y el liberalismo puro se cifra en la perfecta sumisión a las leyes gratuitas de esa Verdad, como Vida que me persuade liberalmente a un esfuerzo permanente de amor por ti.

El Hombre no puede conocer su vocación real si no conoce sus recursos innatos. Quien ignorando

la Verdad tiene un poco sus dones naturales para desadollarlos libremente, se refugia oscura y vanamente en un medio vocacional extraño. De ahí nace la inadaptación y de ésta la insatisfacción de la vida.

Quando mercenariamente, que lo es siempre, la Iglesia y el Estado se unen, destruyen la Verdad que representan: lo que queda, con fastuosa apariencia, no es más que la maquinaria que destruirá también las humanas y legítimas posibilidades de vida de todo un pueblo.

Di la Verdad y ponte a temblar.

La verdad con dinero, mal agüero.

Nútrete del bien, y verás a la Verdad creciendo contigo.

Mil años que hubieras estado amparado en la Verdad, no te valdrían para justificar el mínimo acto de egoísmo.

¡Y la Verdad nos acepta amorosamente, sea cual sea nuestra natural condición humana, si en verdad optamos por vivirla!

Pasé la noche en el desierto, solo... Al alba, vino la Verdad, toda de blanco y, pareciéndome un hermoso caballo sin jinete, le tendí el brazo, se detuvo y me permitió montarla. Y ahora cabalgo por delicados pastos, junto a arroyos de agua cristalina.

por ABARRATEGUI



Derechos del Hombre, Derechos del Niño, Estatuto de los refugiados, Constituciones, Garantías, Carta de las Naciones Unidas, Leyes de protección, Mandamientos, etc. etc.
Hay que ver lo feliz que sería la vida... si el ser humano fuese tan bueno como los papeles.

La calumnia vencida

EL tan conocido lema de los canallas y los desvergonzados : « Calumnia, calumnia, que algo queda », acaba de recibir un rudo golpe. En efecto: desde hacía largo tiempo, ciertos elementos perturbadores al servicio de intereses bastardos y clericales, venían predicando en todas las tribunas orales y escritas de México que Ricardo Flores Magón, no solamente no había sido el alma de la revolución de 1910 — como los conocedores a fondo de la vida y la obra de este gran revolucionario anarquista lo demostraban — sino que, por el contrario, según ellos, fue un «vendido al oro yanqui». ¿Habráse visto calumnia mayor y más injustamente cimentada?

A tal grado llegó la calumnia que ciertos círculos de historiadores sinceros y de escritores e incluso actores de la revolución, decidieron la celebración de un Congreso que, con documentos a la vista, dejase definitivamente aclarado el alto mérito que a Flores Magón le corresponde en la historia del país que le vio nacer. Dicho Congreso de Historia se llevó a efecto el 20 de noviembre y siguientes, del pasado año, en el Salón de Historia del Castillo de Chapultepec, en el que se enjuiciaron con toda amplitud y profundidad, las actividades del Partido Liberal Mexicano en la península de Baja California, cuyos hechos se ponían en tela de juicio, por los aludidos reaccionarios, precisamente por la intervención activa y decidida que en ellos tuvo nuestro inolvidable compañero. Numerosos historiadores y no historiadores, delegaciones obreras y toda clase de personas interesadas en el esclarecimiento de este importantísimo episodio revolucionario, se dieron cita en el Congreso, que fue todo un éxito, y un acontecimiento de primera línea cultural.

Los perturbadores que, por intermedio de «dos figuras de renombre», también hicieron acto de presencia en el Congreso, no pudieron aportar ningún documento probatorio de las inmensas calumnias que se han venido propolando, y que aún se atrevieron a defender frente a los estudiosos y entendidos que les pusieron los puntos sobre las íes, con infinidad de documentos que dejaron muy inal varados a los sicofantes, los cuales se retiraron de la Sala de Sesiones, como el gallo de Morón, sin pluma y cacareando. Todo era un bluff palabrero, una mentira odiosa que sólo contaba, para hacerse valedera, con el aire putrefacto de los malos intereses confabulados para hacerla circular a los cuatro vientos, intentando matar, en muerte, al mismo que la reacción asesinó en vida, en una mazmorra, por haberse enfrentado, con entusiasmo y sinceridad, contra los enemigos de la causa de los parias de México y del mundo.

Fue tal el desagrado que las personalidades li-

berales e intelectualmente honestas recibieron ante tamañas difamaciones, que en el Congreso se hizo innecesaria la intervención de nuestros compañeros en defensa de Ricardo, algunos de los cuales como Efrén Castrejón, vivieron intensamente la revolución mexicana. Su lugar le fue cedido a un joven estudiante que no tenía turno y que demostró amplios conocimientos sobre el histórico caso, patentizando la tradicional faceta ética que en vida distinguió al mártir. Cabe destacar, entre los que no tuvieron la oportunidad de intervenir — y cuyo testimonio, dada su personal valía, por sí solo habría sido suficiente para acallar la voz de los calumniadores — a la señora Turner, en su tiempo fiel colaboradora de Ricardo, a E. Blanquel, joven historiador de muchos vuelos que habría expuesto la doctrina social del discutido anarquista, a Cué Cánovas, historiador renombrado, y a otros muchos.

Asistieron e intervinieron también, en defensa de Ricardo, varios historiadores venidos de exproceso desde los EE. UU., quienes fueron portadores de una copiosa, precisa y valiosa documentación.

El Congreso acordó publicar una memoria del evento, más la decisión de la Comisión Nacional de Historia, documentos que aparecerán en breve, con la más firme y duradera rehabilitación de tan excelsa figura revolucionaria. Tal es así que los difamadores callan, luego de haber hecho mutis por el foro.

Por su parte, el periódico «Regeneración», que dirige nuestro compañero E. Castrejón, y que fue fundado por el propio Ricardo, en su número correspondiente a los meses de octubre y noviembre de 1961, publica diferentes documentos de gran interés histórico, en dos idiomas, el español y el inglés y que a más de significar un verdadero acierto y un esfuerzo por parte de los editores, tiene la virtud de la pertinencia que viene a dar mayor realce a las tareas del referido Congreso. Se publican en él sendos artículos que en su día escribieron Flores Magón y otra de las simpáticas figuras de la revolución, el anarquista Práxedes G. Guerrero, el cual merece capítulo aparte, por su carácter, entereza y valor frente a los difíciles problemas por los cuales pasó nuestro movimiento en México. Otro artículo que en ese número se publica y que debe ser destacado — por tratarse de un documento que basta para negar la inaudita infamia — es el que lleva por título: «El filibustero» Ricardo Flores, que se publica en primera página y que firma José Cota. Este documentado trabajo demuestra en forma concisa, pero no por ello menos suficiente, el criminal abuso que significa la pretensión de querer seguir dando vida a estas alturas a la peor de las calumnias lanzada por la reacción, en los primeros años del

presente siglo, contra el luchador que nos ocupa; siempre se ha denigrado, con el apelativo de bandoleros, filibusteros y demás insultos soeces a los verdaderos héroes de la causa revolucionaria en todas partes. A Ricardo tampoco podía faltarle la viperina lengua que le colgase ese indecente sambenito: el «filibustero», para quien lo dio todo, hasta la vida, en defensa de los que, por haber sido vilmente robados por los acaparadores del poder y la riqueza, nada poseen. He aquí algunas palabras que pintan de cuerpo entero al luchador que fue Ricardo Flores Magón: «Las lágrimas no ablandan las cadenas. Con actitudes compungidas, con la dulce mirada vagando por el infinito, con golpes de pecho y plegarias al cielo no se desplan fortalezas ni se aplastan tiranías. La barricada es la obra de voluntades púgiles. No se rechaza al enemigo santiguándose, sino batiéndose.» No podía ser menos: estas simples frases muestran de parte de quien pudo y puede seguir siendo mantenida, injustamente y sin pruebas, la calumnia de el «filibustero», contra el vigoroso acorralado de la Baja California. El papel jugado entonces por la fuerza bruta que apoyaba Wall Street, ha cambiado de forma, pero no de contenido. La insana intención es la misma. En cierto sentido, podría hacerse un simil valedero entre el significado del siguiente pensamiento de Han Ryner, y lo que en el fondo persiguen los enemigos de la revolución, que disparan sus ponzoñosos dardos contra su principal animador: «Los sacerdotes han crucificado la doctrina de Jesús como su cuerpo; han trasformado en veneno la bebida refrescante; y de las palabras falseadas del enemigo de todos los cultos exteriores, han organizado la más pomposamente vacía de todas las religiones», pues lo que realmente se persigue es continuar falseando y escarneciendo las ideas impulsoras de la gloriosa gesta de 1910.

Para terminar, transcribimos la fotocopia que se publica en el centro de la página en inglés, del citado número de «Regeneración», y que contiene un llamado, escrito de su puño y letra por Ricardo y que firman él y su hermano Enrique, junto con A. L. Figueroa y Librado Rivera, en el mo-

mento de ser detenidos por la policía. Dice así: «A todos nuestros compañeros: Quedan como representantes de la Junta y de «Regeneración», los compañeros Rafael Romero Palacios, Blas Lara y Francisca J. Mendoza. Esperamos que todos nuestros compañeros, hombres y mujeres, ayudarán con todas su senergías a nuestros representantes, cuidando de que la agitación no muera. Nosotros vamos tranquilos al presidio en la confianza de que todos y cada uno de nuestros amigos y amigas no desmayarán: ¡Adelante! Sed todos hermanos. A. de P. Araujo es el secretario de la Junta. Tierra y Libertad, Lol Angeles, Cal., junio 24 de 1912.»



Flores Magón moriría poco después de escrita la anterior proclama, en las garras de los esbirros estadonuidenses que favorecían la contrarrevolución mexicana. Pero lo que no pudieron matar fue su ejemplo, su obra, sus ideas. Todo ello vive y vivirá eternamente, pese a los turiferarios que intentan a cada paso tergiversar la verdad de una existencia fructificante y humanísima. Las aguas cristalinas de la revolución mexicana no podrán ser enturbiadas, por cuanto fue tan esplendorosa la gesta de los anarquistas luchadores de la Baja California que a través de los tiempos se hace más nitida y querida por las nuevas generaciones que aspiran al desarrollo de los impulsos justicieros.

Felicitemos a los compañeros agrupados alrededor de «Regeneración», por la eficaz actividad desplegada en defensa del buen nombre de su fundador y de la causa abrazada en todos los tiempos por los hombres y mujeres de buena voluntad.

COSME PAULES

Hitos de España

Walt Whitman

EN EL LXX ANIVERSARIO DE SU MUERTE

DEJANDO a un lado esta hora de impudores publicitarios, con toda seguridad que no hemos de encontrar en toda la historia de las grandes figuras literarias una iconografía más abundante, expresiva y hermosa que en Walt Whitman. El gran poeta norteamericano sintió la necesidad de entregar su original mensaje a la Humanidad, hecho por igual de alma y cuerpo — «Yo soy el poeta del cuerpo y soy el poeta del alma» —, fundido en total expresión de hombre, dando así a los cuatro vientos no sólo sus sentimientos, sino también su física carnal envoltura, realizándose en esa difícil fórmula de «canto así porque así soy» o «porque así soy, así canto». De esta necesidad nació sin duda esa colección de admirables retratos que nos ha legado el poeta de Long Island, tan generoso por lo que se ve para entregar su espíritu en «Leaves of grass» — su libro fundamental — como su faz, y a veces su cuerpo, en hojas de cartulina.

De su extraordinaria armónica unidad psicofísica nos han quedado inequívocas pruebas. Por sus obras se conoce al hombre, y también por su físico, debió pensar él, que no se cansó de exponerse al parpadeo mágico del objetivo por aquellos tiempos, estrenando casi las maravillosas revelaciones de la cámara oscura. Porque Whitman se fotografiaba — y antes de que el invento de Niepce y Daguerre alcanzase su divulgación, el poeta posaba para el dibujante, el duro boj o la lámina de cobre — con la misma naturalidad con que en otros tiempos el atleta se presentaba desnudo ante los miles de visitantes de Olimpia: sin asomo de narcisismo ni de gráfico egotismo. Y es que el poeta de la «barba llena de mariposas» era un clásico nacido con muchos siglos de retraso, teniendo en su alma y en su figura — que era fiel espejo de tal alma —, y por partes iguales, la prodigiosa fuerza de su verdad. Una verdad total de hombre. Una verdad cósmica: «Yo soy Walt Whitman: un cosmos, el hijo de Manhattan.»

Cosmos, unidad psicofísica, armonía... Whitman resulta un islote de clasicidad dentro de un mundo todavía enclenque por la clorosis romántica. En su tiempo viene a ser un fenómeno aislado, y de ahí que sorprenda y hasta escandalice a ciertos honorables metodistas de «indecente respetabilidad», que llegan a ver en el poeta un «sátiro peligroso». Está claro que de la voluntad de perfección del griego de la XIV Olimpiada se había llegado con el romanticismo, en carrera sin freno, a la voluntad de ruina del hombre de mediados del XVIII. «Esta armazón de huesos y pellejos», que dijo nuestro Bécquer.

En labor más bien impaciente he llegado a reunir casi una veintena de retratos distintos del poeta de los «Cantos adánicos», y la colección bien pudiera ser su poética. Si: he dicho su poética, su definición de principios estéticos y humanos. «Ver» a Whitman, aunque no se conozca de él un solo verso, es estar «leyendo» a Whitman. Por su físico está claro que la suya ha de ser una poesía a plena oxigenación, naciendo de todo: de sus propias células, de la naturaleza circundante, del vivir no ya de cada ser aislado, sino hasta de la colectividad: «Lleno de vida ahora, compacto, visible, yo de cuarenta años de edad y en el año ochenta y tres de los Estados...»

«Compacto, visible», así era su mundo poético; un mundo poético al mismo tiempo que tangible impregnado de un formidable sentido místico y religioso. Más de una vez advirtió que no se sentía únicamente poeta de la verdad, porque no rehúsaba «ser también poeta de la iniquidad». Estupenda lección para grandes parcelas de la poesía de hoy, pretenciosa — presuntuosa, mejor — de verdad y sólo de verdad. Para Walt Whitman todo tenía una primigenia razón de dignidad y de belleza. Y allá donde los demás no veían esa dignidad y esa belleza las encontraba él, en alcance comunión con la creación. Permanentemente joven de alma y de cuerpo, poseyó siempre un candor infinito de niño que fuera a cada paso estrenando el mundo. «Me pongo el sombrero como me da la gana dentro y fuera de casa», dice en uno de sus poemas. Y, pos supuesto, se lo colocaba siempre a la última moda. Porque «última» equivale a después, o sea con posterioridad al canon y a lo establecido, lejos del maniquí y el atildamiento.

Fuerte, sano, instintivo y autóctono; primitivo y sólido, equilibrado y humanísimo, así era Whitman poeta y Whitman hombre. Admirable equilibrio dentro de un caos físico todavía algo más que latente. Es verdad que ese equilibrio dimanaba en gran parte de su elemental filosofía y de su recta y sana naturaleza, pero no por eso deja de ser menos admirable. «A medida que se hace el hombre más armónico, más perfecto — decía Unamuno —; esto es, más acabado: a medida que va adecuándose más y mejor al ámbito en que vive y más íntimamente comulga con él, más espejo es del alma la cara.» Teoría que parece personificarse en el candor de la democracia con una rara exactitud. Dulce y salvaje a un tiempo, como por entonces era su Long Island nativo, recia, directa, limpisima es también su poesía. Como toda su persona: fuerte, alto, de pie curtida por el sol y el aire de los días plácidos y por las ventanas de las duras intemperies; con unas barbas y un bigote patriarcales, lleno de dignidad, y una expresión

limpia, hiriente, verdaderamente hermosa. Su cabeza y su rostro resultaban de una singular belleza. Y luego la mirada. ¿Cómo era la mirada del poeta? ¿Qué expresaba? ¿Cómo asomaba por sus ojos el alma? Creemos que difícilmente se puede encontrar un mejor símbolo de la paz, de la paz terrenal, que el rostro todo de Walt Whitman. Esa voz se refleja como en una vuelta al equilibrio entre lo humano y lo divino, sintetizado en una especie de armonía absoluta. La paz del rostro de Whitman es paz de Universo, es armonía de estrella y nube y árbol y pájaro que no desean ser otra cosa que eso: estrella, nube, árbol, pájaro... Ya hemos dicho que Whitman era un hombre feliz, plenamente conforme. Y en este mundo todas las fealdades las produce la violencia, la deformidad, el andar sacando las cosas de orden, de naturaleza. Un rostro humano es feo en el momento que empieza a dejar de ser rostro humano para comenzar a ser rostro de pez, de corneja, forma de tubérculo o de mineral. En el principio de las cosas todo fue bello. Hasta que no comenzaron las desarmonías, las contranaturas, los trasvases, los pecados, no apareció sobre la tierra la fealdad: «¡Oh, la dicha de mi alma en equilibrio consigo misma!...»

Había un cierto primitivismo en la mirada de Whitman, un reflejo de esa autonomía, de esa independencia casi bárbara que fuera normativa no sólo en su vivir, sino en sus ideas estéticas y en su filosofía.

Además de por su físico, por su atuendo resultaba también de una gran originalidad e independencia. Alejado de todo atildamiento, sencillo, sobrio — en la medida que puede ser sobrio un poeta, un hombre de fantasía — y pintoresco a un tiempo; con el chasponazo bien marcado, el cuello entreabierto y la garganta libre, su manera de vestir ha pasado a ser legendaria. Para él no había etiqueta, y sólo reconocía un atuendo igual

para lo ordinario que para la más cumplida y solemne ceremonia. Su inseparable chambergo de poeta y vagabundo, el chambergo de las duras intemperies y las cordiales despedidas, ése que él presumía de ponerse como le daba la gana, resultaba inequívoco atributo de su persona. Y cuéntase que bajo el sol y en los días calurosos el poeta paseaba por el Broadway en mangas de camisa con una arrogancia tan natural que hacía olvidar a todos su irrespetuoso y antiacadémico desaliño.

Todo parece indicar que Walt Whitman se sentía cómodo en su envoltura carnal y deseaba en agradecimiento conservar y propagar su imagen. Lo que algunos han entendido narcisismo no era sino sencillo reconocimiento y gratitud. Y tal vez esto le lastrara un tanto el vuelo, ese vuelo de otros grandes poetas a las remotas zonas de lo metafísico puro. Que en este aspecto Whitman no pasó tampoco de ser un muchacho con una hermosa cometa en las manos, una cometa no demasiado por encima de los demás, aunque sí lo suficientemente elevada como para afirmar su presencia singular y su potencia; una cometa sin escapar nunca al bramante que la asía a la tierra, sin perder un solo instante las zonas de la atmósfera en donde se hace normal la respiración, sin buscar esos aires demasiado puros y sutiles en los que son precisas las oxigenaciones artificiales. Por eso la «acción» en él es tan espejo de la «ilusión» y viceversa.

Vida, obra y físico de Whitman son un prodigio de relación, dependencia y fidelidad mutuas. En él, el hombre, todo el hombre, es el estilo, resultando éste a un tiempo milagro y sencilla cotidianidad. Por eso fue la suya una vida alegre, candida, conforme, multitudinaria, vertida en una obra trascendente y bellísima, reflejada en una iconografía sin par.

JOSE LUIS ACQUARONI



El pensamiento anarquista

(Continuación)

La negación del gobierno, que es el punto de distinción básico, en las ideologías modernas, entre anarquistas y arquistas, es, al mismo tiempo, el punto de apoyo descolante de la obra de Lao Tsé, y, al mismo tiempo, el punto donde toma inicio la bifurcación del pensamiento clásico chino, ya que Confucio ve la solución de los problemas que aquejan a la humanidad en un gobierno sabio y paternalista, en contradicción manifiesta con el Viejo Maestro (11), que reclama la ausencia de gobierno para obtener la felicidad del hombre.

Liu Wu Chi, analizando un pasaje del «Tao te Ching», hace un comentario que merece citarse. El pasaje dice así: «Gobierna un gran país de la misma manera que freirías un pescadito», y añade Liu Wu Chi: «El significado de esta críptica sentencia, bien que enigmática a primera vista, no es difícil de ser explicada. Para freír un pescadito se precisa poco tiempo y poca destreza. De la misma manera, gobernar un gran país será igualmente fácil y simple si el gobernante deja que el pueblo se las arregle por sí solo de manera que puedan vivir en paz y felices todos sin ser molestados por el gobierno. De ahí que el sabio diga: «No hago nada y el pueblo se reforma él mismo; amo la quietud y el pueblo, de por sí, se comporta con corrección no tráfico en riquezas y el pueblo vive en la abundancia; no tengo ambiciones y el pueblo se manifiesta honesto y humilde» (12).

Arthur Waley cita en su *Three ways of thought in ancient China* un pasaje de Chuang Tsé, el discípulo y continuador de Lao Tsé, en el que, de nuevo, se pone de realce la nocividad que, para el Viejo Maestro, representaba el gobierno. Es un diálogo entre Ysui Chü y Lao Tsé: «Dices que no debe haber gobierno. Pero, si no hay gobierno, ¿cómo pueden perfeccionarse los hombres. —Lo último que tú debes hacer es inmiscuirte en el corazón de los hombres—dice Lao Tsé—. El corazón humano es como un resorte: si tú lo aprietas hacia abajo, cuando lo sueltas saltará más hacia arriba. Puede tener el ardor de una gran hoguera o la frigididad de un témpano de hielo...».

Su concepto de la bondad va paralelo con el que quinientos años más tarde se manifestaría en el célebre Sermón de la Montaña en Galilea: «Si tú no peleas, nadie en la tierra será capaz de pelear

contigo... Recompensa el daño con la bondad. Para los que son buenos soy bueno; para los que no son buenos también soy bueno, así todos llegan a ser buenos. Para los que son sinceros, soy sincero, y para los que no lo son, también soy sincero, así todos llegan a ser sinceros. La cosa más blanda choca con la más dura y la vence. Nada hay en el mundo más débil y más blando que el agua, y, sin embargo, para atacar las cosas que son firmes y fuertes no hay nada que pueda más que el agua. La hembra siempre vence al varón con su quietud» (13).

China, no hay duda, ha sido pródiga en lógica, abraza las teorías fisiocráticas. Hasegawa Nyoze Kan, citado por Shih Hsiang Chen (14), llegará a afirmar: «Algunos ingleses contemporáneos consideran al Estado como un mal necesario; pero los chinos comprendieron, hace más de dos mil años, como es de rigor en un país que tan abiertamente que el Estado era un mal inútil.» El propio Confucio, el Maquiavelo benigno de la China, sin príncipe que lo siga, tiene un toque de atención para los gobiernos despóticos cuando hace camino, con sus discípulos, hacia Lu. Hallaron una viejita llorando sobre una tumba y el maestro dijo a Lao Tsé que fuera a indagar la causa del llanto: «A mi suegro lo mató aquí un tigre, y a mi marido también, y ahora mi hijo ha sufrido la misma suerte.» Confucio preguntó el porqué de su empeño en vivir allí. «Es que no hay gobierno opresor aquí—replicó la anciana. «Hijos míos—dijo Confucio a los suyos—, recordad esto. Un gobierno opresor es más feroz que un tigre» (15).

Desgraciadamente para Occidente, la China ha vivido tan alejada de nuestros meridianos que todo aquello que los laboriosos hijos de Han habían descubierto, inventado y perfeccionado en la cuenca del Yang Tsé y del Huang Ho, ha tenido que ser descubierto, inventado y perfeccionado por segunda vez en Europa por la falta de relaciones existentes entre ambos mundos. Lo mismo ha ocurrido con el pensamiento y su bifurcación hacia la religión y la filosofía.

(13). — Will Durant. — «La Civilización del Extremo Oriente». — Pág. 32. — Sudamericana. Buenos Aires. — 1956. — Hay un paralelismo muy sorprendente con San Mateo: «Porque si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también los mismo los publicanos? — (San Mateo, Cap. 5, vers. 24).

(14). — Shih Hsiang Chen. — «Réflexions sur la Culture Chinoise» (L'Originalité des Cultures). — Unesco. — Pág. 47.

(15). — Will Durant. — Op. Cit. — Pág. 39.

(11). — Lao Tsé significaría, en español, Viejo Maestro u Oreja Grande, indistintamente.

(12). — Liu Wu Chi. — «A Short History of Confucian Philosophy». — Pág. 41. — Penguin Books. — Londres. — 1905.

Andan equivocados los occidentales cuando creen haber aportado al mundo el sentimiento de la solidaridad, por ejemplo, y así lo señala Paul Gille: «Es así que la moral china reposa sobre la idea de la solidaridad, de la que equivocadamente nos enorgullecemos los occidentales de haberla inventado» (16), idea que respalda Eliseo Reclus: «La solidaridad en todas las obras humanas, desde el pacífico trabajo de los campos hasta la peligrosa revuelta armada, es uno de los rasgos más notables del carácter chino» (17).

Esta ignorancia del «Chung Kuo» (18) y de la riqueza que también encierra el pensamiento de la península indostánica, donde el pacifismo alcanza su punto culminante en el jainismo y en los pasajes de los «Upanishads» y el «Bagavad Gita». Donde Gustama se anticipa a Jesús en quinientos años y Charwak a Epicuro en veinte siglos. El descubrimiento para Europa del Panchatranta, los Jatakas y las dos epopeyas literarias, el Ramayana y el Mahabharata, introducido todo ello en los años de los enciclopedistas solamente. Esta ignorancia, repito, obliga a los grandes helénicos a empezar a cero y a subir a pulso la pendiente del pensamiento que nos legaran a Occidente.

La secuencia entre el pasado y el presente se logra tan sólo a partir de los filósofos griegos, entre los que podremos realizar los primeros escarceos libertarios de origen genuinamente occidental empezando por los sofistas que conocemos a través de sus antagónicos, desgraciadamente. Del sofista Calístenes es la expresión: «Para la mayoría de las cosas, la naturaleza y la ley son opuestas entre ellas», y de Trasimaco, contemporáneo del gran Gorgias, es la afirmación que aparece en *La República* platónica: «Los gobernantes erigen en ley aquello que les sirve. El derecho no es otra cosa que la ventaja del más potente.» El propio Sócrates se decía discípulo de Prodicus, y es sabido que éste recibía alumnos que Sócrates le enviaba. El pensamiento socrático nos llega a través de intermediarios de dudosa fidelidad, como lo son Jenofonte y Platón. La genialidad, la cultura y la inteligencia de este último no podía limitarlo a un simple transmisor del pensamiento más descollante de la gran Grecia. Es lícito pensar que si Sócrates nos hubiera llegado a través de un Aristipo o de un Epicuro, los cimientos de la filosofía occidental bien pudieran haber sido otros.

Aristipo se limitó a discutir con Sócrates y dejó que Jenofonte transcribiera los diálogos para las generaciones futuras. Por éste sabemos que Aristipo se negaba a ejercer el poder. ¿Mandar al ser humano? «Lejos de mí tal vanidad!» Fundador de la escuela cirenaica, abre paso a Teodoro, que se proclama ciudadano del mundo y niega la existencia de la divinidad. De aquí que se le conozca por «el

Ateo». «Sacrificarse por la patria es renunciar a la sabiduría para salvar a los dementes».

En Antifón encontramos la afirmación de la igualdad humana. En su *Acerca de la verdad*, papiro descubierto en Egipto y publicado en 1915 en «The Oxyrhynchus Papyri», se explica que la desigualdad es producto convencional o institucional, como queda probado en muchas poblaciones del Peloponeso que debían cambiar de régimen en pocos momentos y según los avatares de la guerra peloponesa. El propio Platón defiende al igualdad natural y hace que un esclavo negro resuelva un problema geométrico.

Teofrasto va más lejos, ya que para él la humanidad tiene antecesores comunes, como comunes son la sustancia humana y lo fundamental de la conducta de todos los pueblos.

Aparecen los estoicos. Los griegos y después los latinos, que con un programa completo afectando la física, la lógica, la ética, la retórica, la gramática, la política y el derecho, tratan de asumir una actitud frente a la vida. Desde su fundador Zenón (336-264), el discípulo del cinico Crates, hasta Marco Aurelio (121-180 d.C.), una gama respetable de pensadores: Cleantes, Crisipo, Séneca, Epicteto, entre otros, han aportado materiales apreciables a los fundamentos libertarios, destacando la eliminación de toda coacción exterior en favor del impulso natural ético de cada ser humano como regulador suficiente de éste frente a la comunidad. «Los estoicos —dice Alfonso Reyes— son los primeros teóricos del derecho natural.» Ellos se anticipan a los cristianos en la aportación de la caridad y afirman que «es propio del hombre ser filántropo». Crisipo afirma que el esclavo es un obrero vitalicio. Su condición es patrimonial, pero no jurídica. Añade que la nobleza es un accidente histórico. «Nadie ha nacido para el provecho ajeno» (Séneca). El Derecho Romano sufre la influencia estoica en varias facetas, tales como la capacidad jurídica de la mujer y su facultad hereditaria paralela al hombre. Augusto emancipó de la tutela a las viudas con hijos, y Teodosio a todas las mujeres. Nerón llegó a dictar leyes contra la crueldad de los amos y Adriano castigó al matador de un esclavo. «Y aunque hubo recaídas, el ideal jurídico quedó establecido. En este orden, el Cristianismo continuó la línea de los estoicos. La persona humana comenzó a ser reconocida como un valor igual, sin atender a diferencias ocasionales y accesorias. Finalmente, el estoicismo intentó la protección de los niños contra la muerte que se aplicaba a los deformes, contra la mutilación para el circo, contra la venta para la prostitución, el atletismo, la mendicidad profesional» (19).

También Epicuro hace su aportación valiosa para la edificación de la filosofía anarquista. Su ética ha podido resistir los embates de los siglos y ha permitido que el joven Guyau nos ofrezca, remozada pero íntegra, en plena época moderna, la

(16). — Paul Gille. — «La Pensée Chinoise et son Rôle dans la Grande Synthèse Humaine». — Pág. 7.

(17). — Eliseo Reclus. — «L'Homme et la Terre». — Vol. III. — Pág. 80. — Librairie Universelle. — París — 1905.

(19). — Alfonso Reyes. — «La Filosofía Helenística». — Pág. 134. — Fondo de Cultura Económica. — México. — 1959.

moral de Epicúreo para el uso de las generaciones futuras (20). Epicuro se confía plenamente a la naturaleza y de ella aprende. Desconfía de los dictados de los dioses y se acerca a Budha en el principio de desestimar las riquezas: «Imposible de llevar una vida libre si se adquieren grandes riquezas, pues esta adquisición no es fácil sin volverse uno esclavo de la muchedumbre o de los monarcas; empero la vida libre posee todas las cosas en continua abundancia», «Es preciso librarse de la prisión de los negocios y de la política» (*Gnomologium Vaticanum*, textos de Epicuro). Rousseau coincide con él cuando Epicuro considera que la justicia, punto de apoyo de la sociedad, es el resultado de un convenio humano que facilita la asociación entre los hombres. En esto se opone a los estoicos y niega que haya justicia entre los salvajes y entre los animales, es decir, con anterioridad al convenio.

La síntesis epicureana, según Han Ryner, puede resumirse así: «Evitar todos los obstáculos que se oponen a la pureza, a la continuidad y a la plenitud del placer, no temer a la muerte que aniquila todo sentimiento, ni la divinidad que no se preocupa absolutamente de nosotros; despreciar el dolor, liviano cuando pueda prolongarse, breve y destructivo cuando se manifiesta fuerte; no dejar escapar las voluptuosidades pasadas, sino, por el contrario, retenerlas y alimentarlas por un recuerdo asiduo; ahogar en este vasto océano la pequeñez ridícula del presente cuando el presente, aislado, pudiera significar sufrimiento: he aquí la sabiduría, he aquí el arte sutil y delicado del epicúreo» (21).

Para Occidente, los atisbos primeros y el punto de partida de sus libertades están en Grecia. «El helenismo no es un modo de pensar exclusivo de un tipo étnico ni de un período determinado. Nunca quedó destruido aunque haya salido mutilado con la pérdida de las libertades políticas. No lo mató nadie, ni murió tampoco de muerte natural. Su filosofía palpita de Tales hasta Proclo, y luego, otra vez desde Ficino y Pico hasta Lotze y Brandley, tras un largo sueño que dista mucho de haber sido una muerte. Su religión se transmite sin interrupción verdadera a la teología y a los cultos cristianos. La Iglesia primitiva pensaba y hablaba en griego. En los días de la libertad griega, ser griego significaba ser ciudadano de determinado cantón helénico. Después de Alejandro ser griego significa poseer la cultura helénica» (22).

Era la ciudadanía militante y no dimisionaria. El ágora y la Asamblea del Pueblo (*ekklesia*), que celebraban los atenienses en la colina de la Pnyx,

tenían más importancia que las sesiones del Senado.

Decimos atisbos y punto se partida. Los helénicos estaban gestando una ética nueva y se debatían en la penumbra del prejuicio y la tradición, que pesaban fuerte, desgraciadamente, en sus leyes y costumbres. La esclavitud es considerada necesaria por Aristóteles y Platón. En el Atica había noventa mil hombres libres contra cuarenta y cinco mil metecos (habitantes sin derechos políticos) y trescientos sesenta y cinco mil esclavos. Estos mismos esclavos que, según Aristóteles, sólo desaparecerían cuando la lanzadera y el martillo trabajaran solos. Mientras tenían que subsistir.

Esta desigualdad, en aumento constante, por lo que ya tiene la visión de señalar Diodoro Sículo: «Sólo un loco podría pensar en establecer la igualdad ante la ley sin la previa igualdad de recursos», acabaría con el espíritu de la libertad ateniense. «La concentración y el aumento de la riqueza—dirá Luis Franco—trajo el desaforado incremento de la masa esclava con el mortal desequilibrio consiguiente. Así murió, por asfixia, eso que fue la levadura, no sólo de la democracia, sino de la más noble cultura habida: la libertad griega» (23).

Independientemente al culto de la libertad de la Hélade y al papel jugado por las huestes romanas, que desplazaron el metacentro político-económico-cultural de Europa hacia Roma, convirtiéndose en el vehículo encargado de difundir el helenismo por todo el orbe, podemos observar tímidos ensayos de igualdad comunitaria que los relativamente recientes rollos descubiertos del Mar Muerto han puesto más de relieve.

En Palestina, encrucijada de culturas y civilizaciones, se desarrollaron, con anterioridad a la dominación romana, diferentes sistemas comunitarios entre los que descuella el de los esenios que Renán llega a considerar influenciados por los peregrinos budistas del lejano Indostán (24). Sin llegar hasta la afirmación rotunda, los científicos que se han volcado al estudio de los manuscritos del Mar Muerto consideran que las mayores probabilidades asocian a los esenios descritos por Filo de Alejandría, Plinio el Viejo, Eusebio y, sobre todo, Josefo con los hombres de la secta Qumran, basándose, entre otras cosas, en el puente de transición que representa el Documento Zakodita o de Damasco descubierto en el Cairo a principios de siglo y motivo de gran controversia hasta los hallazgos del Mar Muerto.

Después de 1947 el parentesco es tan sorprendente que A. Powell Davies se ve obligado a decir que «La comunidad de Qumran era, pues, una comunidad esénica; esto no lo podemos dudar, pero su relación con el resto del movimiento sólo puede ser conjetura» (25).

(23). — Luis Franco. — «Revisión de los griegos». — Pág. 93. — Americalee, 1960. — Buenos Aires.

(24). — Ernesto Renán. — «Vida de Jesús». — Página 148. — C. Gral. de Ediciones. — México, 1954.

(25). — A. Powel Davies. — «The Meaning of the Dead Sea Scrolls». — Pág. 70. — The New American Library. — New York 1956.

(20). — J. M. Guyau. — «Ensayo de una moral sin obligación ni sanción». — Americalee 1950. Buenos Aires y «La irreligión del porvenir». Idem.

(21). — Han Ryner. — *L'Individualisme dans l'Antiquité*. — Pág. 39. — *L'Idée Libre*, Conflans Honorine. 1924.

(22). — W. R. Inge. — «Religión». — Pág. 26 (*The Legacy of Greece*). — Oxford 1923, R. W. Livingstone.

El espíritu de igualdad comunitario de los esenios se transmitirá a los apóstoles y a los monásticos de los primeros años cristianos con alcance hasta el medioevo. Dirá Filo de Alejandría en su *«Quod Omnis Probus Liber»*, escrito hacia el año 20 de nuestra era: «Su amor a la virtud revelándose él mismo por su indiferencia frente al dinero, posición social y placeres. Su amor a la humanidad por su bondad, su igualdad y su camaradería rebasando lo que en palabras pueda expresarse. Porque nadie tenía su casa privada, sino que compartía su vivienda con todos y vivían en colonias con las puertas siempre abiertas para cualquiera de la secta que se cruzara en el camino. Tenían un almacén común, ropas comunes, alimentos comunes comidos en Syssitia o mesa comunal. Esto era posible por el principio de poner todo cuanto ganaban diariamente en un fondo común del cual el propio enfermo era sostenido cuando no podía trabajar».

Josefo, en su *Antigüedad de los Judíos*, ampliará los elogios de los esenios y dirá: «También merece nuestra admiración el ver cómo excedieron a todos los demás mortales en virtud y en entereza, y ello, verdaderamente, en un grado tal como nunca había aparecido antes en los hombres, fueran griegos o bárbaros, y no sólo por poco tiempo, sino que perduraba largamente en ellos. Esto está demostrado por su institución, la cual no admitía ninguna clase de impedimento que obstaculizara el tener todas sus cosas en común, en tal forma que el rico no podía disfrutar de sus propias riquezas, igualándose al pobre que no poseyera nada».

En parecidos términos se expresan los manuscritos de «Qumran», especialmente el *«Manual de Disciplina»*: comidas en común, rezos en común, asambleas, aportación total de las riquezas individuales y recepción, en cambio, de los imprescindibles para vivir.

Sus actividades comprendían todo lo indispensable para la buena marcha de la comunidad: limpiar las cocinas y habitaciones comunales, barrer los pisos de estuco, pasar el restrillo sobre aquellos de tierra batida. Algunos trabajarían en la alfarería, preparando la arcilla, torneando los jarros sobre la rueda, o cociéndolos al fuego. Los hornillos de la cocina se hallaron donde los cocineros preparaban las comidas comunales y la despensa donde la modesta vajilla era empilada para el uso de los sectarios. Continuos cuidados merecían las reparaciones y las alteraciones de la vivienda, en el invierno las canalizaciones del agua necesitaban ser limpiadas de barro y otros obstáculos que impidieran el mantenimiento de los cisternas. No hay duda que la reparación del acueducto era una tarea anual a llevar a cabo allá hacia el mes de octubre, después de ocho o nueve meses de sequía estival. Llegado este momento las cisternas vacías debían ser examinadas para reparar las grietas que, de lo contrario, permitirían la huida de la preciosa agua. El modesto techo de caña y marga requeriría cuidado después del sol del estío si tenía que resistir a las pesadas lluvias de invierno. Y durante todo el año los pastores y cabreros vigilaban sus rebaños en los alrededores, particularmente en la

fresca vegetación de Ain Feshkha, donde, sin lugar a dudas, se llevaba a cabo un cultivo modesto por parte de los miembros de la comunidad para atender a sus necesidades» (26).

El propio Jesús sufre la influencia de las sectas del desierto: «Acto seguido de haber recibido el bautismo de las manos de Juan, se retiró en el desierto y empezó un período de ayuno y rezo que duró, según se nos dice, cuarenta días. Estos días de retiro en el desierto son la llave de toda la vida y todas las enseñanzas de Jesús y empieza nuestra primera y concreta correspondencia con la Comunidad de Qumran» (27).

Las enseñanzas y la vida de Jesús, en aquella parte que la Historia puede aceptar, son sobradamente conocidas. Su Sermón de la Montaña va a influenciar enormemente al anarquista pacifista ruso León Tolstoi, quien, a su vez, influenciará a una de las figuras más descollantes de nuestro siglo: Mahatma Gandhi. La parábola de los obreros igualmente retribuidos, independientemente de las horas de trabajo de cada uno de ellos (San Mateo, Cap. XX, Ver. 1 al 14), establece la norma solidaria de «Cada uno según sus necesidades». La parábola del Samaritano que cura y salva al viajero asaltado y maltratado por los ladrones mientras el sacerdote había pasado de largo y el Levita también (Lucas, Cap. X, Ver. 30 al 37), establece que la solidaridad debe ir más allá de las fronteras y las creencias.

Los apóstoles también son comunitarios: «Y vendían las posesiones, y todas las haciendas, y repartíanlas a todos, como cada uno había menester» (Hechos de los Apóstoles, Cap. II, Ver. 45). «Y la multitud de los que habían creído era de un solo corazón y un alma: y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía; mas todas las cosas les eran comunes.» «Y que ningún necesitado había entre ellos: porque todos los que poseían heredades o casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y era repartido a cada uno según que había menester» (Hechos de los Apóstoles, Cap. IV, Ver. 32, 34 y 35).

San Pablo se hace más rudo: «Porque aun estando con vosotros, os denunciábamos esto: Que si alguno no quisiere trabajar, tampoco coma» (Segunda Epístola a los Tesalonicenses, Cap. III, Ver. 10), rudeza que engarza Santiago: «Ea ya ahora, oh ricos, llorad aullando por vuestras miserias que os vendrán... He aquí el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros.» (Epístola Universal de Santiago, Cap. III, Ver. 1 y 4).

El escarceo dentro del pensamiento cristiano nos permite descubrir a un ciudadano del mundo, a un universalista en Orosio; un universalismo diferente del nacionalista que trata de imponer Roma o Hitler, un universalismo humano; nos permite descubrir a un Taziano, quien, en su obra *«El discurso a los Griegos»*, desprecia las leyes porque

(26). — J. M. Allegro. — *«The Dead Sea Scrolls»*. — Pág. — Penguin Book. — Londres 1958.

(27). — J. M. Allegro. — Op. cit. — Pág. 155.

«tantos son los Estados, tantas son las disposiciones y lo que ahora es lícito en otra parte es prohibición, mientras que una sola y común a todos debería haber sido la norma de vida», pensamiento ratificado por Tertuliano cuando señala que «no se está obligado a respetar una ley injusta» (*Legis injustae honor nullus*), como lo hace Orígenes: «No es una cosa absurda constituir sociedades contra las leyes, en defensa de la verdad; como haría muy bien aquel que organizase asociaciones secretas para abatir al tirano» (*Contra Celsum*, I, 1). Sobre el mismo tema, pero en do sostenido, vemos que Juan de Salisbury reivindica el tiranicidio: «Porque matar al tirano no sólo es lícito, sino que es equitativo y justo» (*Policratus*, III, 15).

El concepto comunitario, en el pensamiento cristiano, se prolonga con Abelardo: «Las reuniones ciudadanas condujeron tan lejos la caridad del prójimo que, puestas todas las cosas en común, la ciudad parecía más bien una fraternidad...» Y más adelante: «En fin, un sapientísimo griego, sabiendo bien cómo estaban las cosas, dijo: «Como no puede dividirse el aire, ni el esplendor del sol, ni las demás cosas que en este mundo han sido dadas a todos en comunidad de posesión, así también, las demás cosas no deben ser divididas, sino que deben tenerse en común» (*Theologia Christiana*). En igual modo se expresa Lactancia: «Dios nos dió la tierra en común, no porque una avaricia irritante y despiadada se manifestase, sino para que los hombres vivieran en comunidad y nadie sufriera la falta de aquello que nuestra madre común había producido con tanta liberalidad» (*Divinae Institutiones*); y en lo mismo machaca San Agustín: «Los filósofos paganos creyeron que el régimen justo consistía en el hecho de que todos tuvieran las cosas en común, es decir, las públicas para el uso público, y las privadas para el uso privado. Sin embargo esto no está de acuerdo con lo que exige la naturaleza, ya que ésta dió a todos los hombres las cosas en común. Porque Dios dispuso las cosas en este modo, que el alimento y la posesión de la tierra fuera común para todos. Así, pues, ya que la naturaleza dió origen al derecho común, la usurpación es la causa del derecho privado.» Esta afirmación de San Agustín nos obligará a regresar para extendernos sobre el concepto de la propiedad como robo. Sigamos un poco más sobre el concepto comunitario que pasa de la especulación filosófica a la vida práctica en «La Regla» que San Benedito establece para el uso monástico: «En el monasterio, establece el autor, es necesario, sobre todo y desde las propias raíces, arrancar este vicio: que nadie ose dar o recibir nada sin el permiso del abad, ni tener la más mínima cosa propia, absolutamente ninguna... Que todo sea común a todos, como está escrito; y que nadie diga que algo le pertenece.» Luzzatto, que dedica varios párrafos de su obra «*Storia Economica d'Italia*» al estudio del monasterio beneditino dice: «En la intención del fundador, el claustro tiene, pues, el carácter de una pequeña comunidad de iguales, que trabajan y producen para el bien de todos, renunciando a todo producto del propio trabajo y participando a este producto en forma uniforme.»

Añade Gino Barbieri que «Esta severa abolición de la propiedad individual impuesta a sus monjes — por San Benedito — revela un profundo convencimiento madurado en el fundador del Monacalismo de Occidente: o sea que era necesario aplastar, por lo menos en estos ejemplos de reorganización ético-social cómo deberían ser los monasterios, todas las degeneraciones conexas con los abusos de la propiedad y con el exasperado individualismo, para reconducir a los hombres al sentido de la laboriosidad, fuera de todo criterio de privilegio y de todo aspecto de pereza y de ociosidad. «El ocio es el enemigo del alma» — afirma el capítulo 48 de «La Regla» — y por ende los hermanos deben en determinadas horas dedicarse al trabajo manual» (28).

Regresando ahora sobre el concepto vertido por San Agustín: «La usurpación es la causa del derecho privado», también veremos que la síntesis proudhoniana «La propiedad es el robo» ha sido considerada, tímida o abiertamente, por muchos pensadores cristianos. San Ambrosio, por ejemplo, dirá que Todo cuanto supera lo necesario ha sido adquirido por la violencia» (*Summa Theologica*). Posiblemente sea San Ambrosio el que más decididamente arremete contra las riquezas: «El pueblo tiene hambre y tú cierras tus graneros; el pueblo implora y tú abundas de piedras preciosas. Desgraciado, en tus manos está la suerte de numerosas personas; podrías salvarlas de la muerte y no tienes voluntad para ello. Sólo con la gema del anillo que cargas en el dedo podrías salvar una infinidad de vidas humanas» (La historia de Nabot y de Iezrael), y añade: «Vosotros, los ricos, de hecho no deseáis poseer lo que os es útil, codiciáis solamente de arrebatar a los demás aquello que poseen legítimamente» (*L'Esamerone*). «Tú solamente, oh hombre, excluyes al hermano: aceptas inclusive a las bestias y construyes inclusive sus viviendas, mientras destruyes las moradas de los hombres, tus hermanos» (La Historia de Nabot y de Iezrael).

«Cuántos encuentran la muerte para que vosotros podáis tener lo que os agrada», «Un obrero cae de un andamio para preparar vastos graneros para vuestras riquezas». «Otro derrumbóse de un árbol mientras cosechaba las uvas para preparar el mejor vino para vuestras orgías» (La historia de Nabot y de Iezrael).

Ambrosio se vuelca abiertamente en favor del que trabaja, y pone en duda los privilegios de herencia, condenando el parasitismo de los que permaneciendo tranquilamente en casa ven aumentar sus riquezas «en virtud, como dicen, de no sé qué suerte genital», secundando así a Pablo de Tarso que señala: «El campesino que trabaja debe ser el primero en tener parte de los frutos» (Segunda Epístola a Timoteo, Cap. II, vers. 6). Es el pensador cristiano que más duramente ha atacado la propiedad privada y los privilegios humanos, bien que no el único, como ya hemos señalado. Sin ha-

(28). — «Il Pensiero Cristiano», Vol. V de «Grande Antologia Filosofica». — Pág. 1185. — Carlo Marzorati. — Milano 1954.

ber dedicado tanto espacio al asunto pero tan lapidario como Ambrosio, tenemos a Jerónimo, quien en su «Epístola CXX ad Hebidiam» declara que: «Todas las riquezas proceden de la injusticia y aquello que uno encuentra es que otro lo ha perdido.»

Igualmente, fuera de la corriente ortodoxa, los deseos de igualdad y de justicia son tema perenne como lo demuestra el inquieto Karpokrates, de la escuela gnóstica, en Egipto, quien pugna por un régimen de comunismo libre en el siglo II de nuestra era.

Su hijo, Epifanio, muerto prematuramente, nos ha dejado un tratado «Sobre la Justicia» donde se manifiesta la continuidad de los ideales del padre: «Todos, en común, ven ya que no hace distinción — el Sol — de rico y de pobre, de pueblo o de soberano, de sabio o de ignorante, de macho o de hembra, de libre o de esclavo. Ni obra en forma diferente con los brutos. A todos los vivientes, por igual, vertiéndose desde lo alto en común, lleva a cabo, a favor de buenos y malos, la justicia, por el hecho de que nadie puede tener más y nadie es capaz de engañar al prójimo acaparando de su luz una doble porción. El sol es para todos los que viven y hace germinar el alimento común, con justicia para todos igualmente administrada. Y he aquí que frente a todo esto que se precisa para el sostenimiento de la vida se encuentran también los animales. La justicia para ellos es el comunismo... Pero el comunismo y las leyes sagradas de la igualdad, violados, generan al ladrón de los animales y de los frutos» (29). El hijo de Karpokrates hace una afirmación categórica: «La justicia está en la igualdad comunista.»

También en el maniqueísmo se hallan atisbos de igualdad comunitaria ya que nadie de los que profesaban la religión de Maniqueo podía ser propietario de vivienda, tierra o dinero, perteneciendo todos los bienes a todos.

Diremos, pues, que el cristianismo, tanto el ortodoxo como el de las herejías y el de las controversias, trató de introducir una cuña de equidad en el mundo romano ya que ante Dios no había, en principio, distinción de ninguna clase. El estoicismo encontraba un vehículo para la propagación de sus ideales de derecho natural, de solidaridad y de humanismo entre los hombres.

El propio Estado era aceptado como «remedio contra el pecado» y aparece solamente a partir de la corrupción humana, es decir, desde la expulsión del Edén. Una anticipación empírica, digamos, a

(29). — «Framenti gnostici», cit en «Grande Antologia Filisófica», Vol. V pag. 947.

la afirmación de Payne: «El Estado es un mal necesario.»

Sin embargo, la proyección social del cristianismo queda truncada desde el momento en que Constantino lo oficializa. Desde el Edicto de Milán (312) el cristianismo irá perdiendo la fortaleza y la mística de los primeros años al aceptar el estado de la sociedad en el siglo IV con sus injusticias sociales, económicas y éticas. «Al aceptar la estructura de clases de la sociedad — dice Ralph Turner — los cristianos se encontraron envueltos en antagonismos y conflictos sociales. En realidad, después de que la Iglesia se identificó con el Estado, los movimientos heréticos fueron sociales y económicos, tanto como doctrinales, en su origen y en su tendencia. El movimiento donatista encontró su principal apoyo entre los esclavos rebeldes y los campesinos empobrecidos. La Iglesia egipcia surgió en el curso de la lucha de los «felahs», contra los terratenientes extranjeros y aristócratas» (30).

Turner cita a James Westfall Thompson en su «Economic and Social History of the Middle Ages» para apoyo de su exposición: «En estos países, las masas odiaban, aún más que la aristocracia, al clero ortodoxo, aunque la Iglesia y el Estado operaban junto. Porque la Iglesia era el más grande terrateniente y sus campos estaban labrados por campesinos siervos o por verdaderos esclavos.»

El refugio a la injusticia, ya lo hemos visto, era el monasterio, pero éste se condenaba a muerte lenta al contraer un divorcio tan drástico frente al pueblo y a la sociedad surgían las aberraciones que señala Thomas C. Hall cuando analiza la vida monacal: «La obediencia de la índole más servil se exalta como una virtud *per se*. Un monje riega un árbol durante años por orden de su superior, simplemente para dar muestra de obediencia, y el trabajo duro en tareas inútiles se elogia continuamente. Esta distinción antinatural entre la virtud y su significado social da por resultado, de hecho, el embrutecimiento. Se elogia a un monje por quemar las cartas afectuosas de su familia sin leerlas, para que no le distraigan de sus oraciones. Un hermano rehúsa el más sencillo acto de asistencia a otro sobre la base de que «está muerto» para el mundo. El marido abandona a la mujer que ama para «salvar su alma» (31).

(30). — Ralph Turner. — «Las Grandes Culturas de la Humanidad». — Pág. 1130. — Fondo de Cultura Económica. — México 1953.

(31). — Thomas C. Hall. — «History of Ethics with organized christianity». — Pag. 247, cit. por R. Turner, op. cit.

(Continuará)

POETAS DE AYER Y DE HOY

MI PODER

Tengo el mar, por decirlo claramente
en las manos de mi hambre de alegría,
y lo envuelvo con luz del mediodía
de mi alma bronceada y transparente.

Mi bella posesión no es solamente
la estancia que mi entraña pretendía:
es la causa de estar en la armonía
de un mundo que coincide con mi mente.

¡Señor soy yo del mar y del rocío,
del espacio en su entrada y su salida!
Y el sol, que cae en chorros de oro, es mío.

Y sujeta a mi alma está la brida
del brillante y gozoso poderío
que engarza en sí, constante, aroma y vida.

REFLEXION SOBRE UNA HORMIGA

¡Qué sentirá la hormiga, cuando luego
de correr trajinando por la casa,
se encuentra con un dedo que le pasa
su mole sonrosada por la frente!

Acaso se creará que un mundo ciego
o un fuego endurecido así la abrasa,
y así comprenderá que el cielo arrasa
la vida que le dio gozosamente.

Yo siento, cuando pongo allí mi dedo,
que un alma cual la mía se hace trizas,
y creo que hay quien lllore aquella muerte.

Por eso, a tí, hormiguita, yo no puedo
herirte, cuando a solas te deslizas
por mi casa, sin saber cuál sea tu suerte.

COMPRENSION

Me pides comprensión ahora que vengo
de hallarte en el camino, en mi pisada,
abriéndose tu herida ensangrentada
y corro a darte, hermano, lo que tengo...

Te he vivido y, viviéndote, sostengo
tu vida de rosa trasplantada,
y me duele tu espina, y tu mirada
llorando quieta en mi alma la retengo.

Tú tienes ya mi comprensión completa,
te admito tal cual eres, cual te nombras
pasando por la sangre o por el fuego.

Si no, no fuera hermano, ni poeta,
el corazón tuviera en sombras
y entonces se diría que estoy ciego.

UN CORAZON

Forjando un corazón halléme un día
en la fragua ideal de una quimera
y pude, al concluir como quisiera,
saber que el corazón por fin latía.

Cerréme en mi interior, y al alma mía
le dije que a mi lado se viniera
y conmigo aquel fruto compartiera,
porque a solas sentirlo no podía.

Muy pronto me quedé, hueco, dolido,
el alma me dejó calladamente
y el viejo corazón lloró en su valle.

Y es que vióse que, aquello conseguido
por las pobres mentiras de mi mente,
era un sucio juguete de la calle.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

«Mendizábal», Galdós	1 50
«Mercurial Eclesiástico», Montalvo	3 50
«Metafísica», Balmes	2 50
«Método práctico de autosugestión», P. C. Lacot ..	6 00
«Mi conciencia vestida de rosa», Chantepleure ..	1 50
«Mientras yo agonizo», Faulkner	6 00
«Miguel Strogoff», Verne	2 50
«1948», Orwell	3 50
«Mi lucha», Hitler	2 50
«Mi política», G. Ordás	15 00
«Misericordia», Galdós	1 50
«Mi tío Spencer», Huxley	4 50
«Montes de Oca», Galdós	1 50
«Nacha Regueles», Gálvez	1 50
«Napoleón en Chamartin», Galdós	1 50
«Narvac», Galdós	1 50
«Nicolai y el pensamiento social»	1 00
«Nido de Hidalgos», Turgueniev	3 00
«No hay burlas con el amor», Calderón de la Barca	3 20
«Norte contra sur», Verne	3 00
«Nostradamus», Zevaco	1 50
«Novísimo diccionario escolar», Héctor F. Mivi ..	3 00
«Nubes de estio», Pereda	1 50
«Nuestra Señora de París», V. Hugo	2 50
«Obras del Marqués de Santillana»	2 80
«O'Donnell», Galdós	1 50
«Orientación Anarquista», Grave	1 00
«Origen del socialismo moderno», Rocker	1 20
«Origen y naturaleza de las ciencias», Babine ..	3 50
«Páginas selectas de Multatuli», Alaiz y Rocker ..	1 00
«Para abrirse camino en la vida», Roudes	6 00
«Paseo humorístico a través de las religiones», N. Simón	1 00
«Patología sexual», Törel	2 80
«Pequeño Diccionario Castellano», Supra	1 00
«Pequeño Diccionario», Parvus	1 00
«Pequeño Diccionario Enciclopédico», Brevis	4 50
«Persuasión», Austen	3 80
«Piel de asno»	1 80
«Pinocho»	1 80
«Pleno de FF. LL. Regional núm. 2	0 50
«Poema del Cid», (Anónimo)	3 50
«Poesías completas», J. A. Silva	1 50
«Poesías completas», R. Pérez de Ayala	3 20
«Poesías juglares», R. Menéndez	2 80
«Port-Tarascón», Daudet	2 50
«Presencia del anarcosindicalismo», Mercier	3 00
«Prim», Galdós	1 50
«Príncipe y mendigo», Twain	1 20

MAS DE 80 AUTORES

«Problemas del sindicalismo», Peiró	0 70
«Procreación prudencial», Stopes	2 50
«Prosas progas», R. Darío	3 50
«Prontuario compuesto de conjugación», Larzati ..	6 00
«Proyección de Iberia en América», V. García ..	0 50
«¿Qué es el anarquismo?», Cano Ruiz	1 50
«¿Qué es arte?», Tolstoi	1 50
«¿Quo vadis?», Sienkiewicz	2 50
«Recuerdos de niñez y mocedad», Unamuno	2 00
«Reivindicación de la libertad», Ernestán	1 50
«Relatos de un cazador», Turgueniev	2 80
«Resurrección», Tolstoi	2 50
«Retrato de un matrimonio», Buck	5 00
«Rio abajo», Lobodón	3 50
«Robinson Crusoe», D. Foe	14 80
«Revoluciones sociales del siglo XX», C. M. Rama ..	1 50
«Riverita», A. Palacio	3 80
«Romance de tradición», Cossio	2 80
«Romancero de la libertad», G. Oliván	1 50
«Ronda de la luna», Campio Carpio	1 50
«Rusia y España», García Pradas	1 50
«Salambo», Flaubert	3 00
«San Manuel Bueno Mártir»	2 80
«7 de julio», Galdós	1 50
«Sin novedad en el frente», Remarque	1 80
«Sinvergüenzas», P. Mata	1 50
«Sobre las viñas muertas», V. Vila	2 50
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», M. Nettlau	1 00
«Sociología», Ingenieros	1 50
«Spinola», Yebes	2 80
«Stendhal», Zweig	1 50
«Sugestión de España», Alaiz	0 50
«Teorías del conocimiento», Hessen	4 00
«Titania», Benavente	2 80
«Trafalgar», Galdós	1 50
«Traición por traición», Zamacois	1 50
«Tratados», Gracián	3 00
«Tres camaradas», Remarque	1 50
«Tres poetas primitivos», R. Hernández	2 50
«Últimos días de Pompeya», Bulwer	2 50
«Una aventura demasiado fácil», Pedro Mata	2 50
«Una ciudad flotante», Verne	1 00
«Una esclavitud de nuestro tiempo», D. Meersch ..	2 50
«Una historia de los tiempos venideros», Wells ..	1 50
«Un billete de lotería», Verne	1 20
«Un capitán de 15 años», Verne	2 20
«Un capricho del doctor Ox», Verne	1 20
«Un descubrimiento prodigioso», Verne	1 20
«Un terrible experimento», Wells	1 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)